

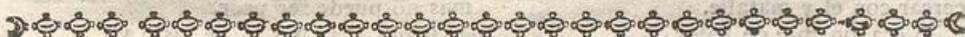
EL PERRO DEL HORTELANO.

COMEDIA

DE LOPE DE VEGA CARPIO.

Hablan en ella las personas siguientes.

Dians, Condesa de Belflor.	Dorotea.	tonelo, Lacayos.
Teodoro, su Secretario.	Anarda.	Tristan.
El Conde Federico.	Octavio.	El Marqués Ricardo.
Leonido, Criado.	Fabio.	Celio, Criado.
Marccia.	El Conde Ludovico.	Camilo.
	Furio, Livano, y An-	



JORNADA PRIMERA.

Sale Teodoro con una capa guarnecida, de noche, y Tristan criado, huyendo.

Teo. Huye, Tristan, por aquí.

Trist. Notable desdicha ha sido,

Teo. Si nos habrá conocido?

Trist. No sé: presumo que sí.

Vanse, y sale Diana, Condesa de Belflor.

Dia. Ah gentil-hombre, esperad,

teneos, oid: qué digo?

esto se ha de usar conmigo?

volvéd, mirad, escuchad.

Ola, no hay aquí un criado?

Ola, no hay un hombre aquí?

pues no es hombre lo que vi,

ó sueño que me ha burlado?

Ola, todos duermen ya?

Sale Fabio, criado.

Fab. Llama vuestra señoría?

Dia. Para la cólera mía,

gusto esa ftema me dá.

Corred, necio en hora mala,

pues mereceis este nombre,

y mirad quién es un hombre, que salió de aquesta sala.

Fab. Desta sala? Dia. Caminad, y responded con los pies.

Fab. Voy tras él. Dia. Sabed quien es.

Fab. Hay tal traicion! tal maldad!

Sale Octavio.

Oct. Aunque su voz escuchaba, á tal hora no creía

que era vuestra señoría

quién tan apriesa llamaba.

Dia. Muy lindo Santelmo haceis, bien temprano os acostais?

qué despacio que os moveis?

Andan hombres en mi casa

á tal hora, y aun los siento

casi en mi propio aposento,

que no sé yo donde pása

tan grande insolencia, Octavio,

y vos muy á lo escudero,

quando yo me desespero,

así remediais mi agravio?

Oct. Aunque su voz escuchaba

á tal hora, no creía

que era vuestra señoría
quien tan apriesa llamaba.

Dia. Volveos, que no soy yo,
acostaos que os hará mal.

Sale Fabio.

Oct. Señora? *Fab.* No he visto tal:
como un gavilan partió.

Dia. Vistes las señas? *Fab.* Que señas

Dia. Una capa no llevaba
con oro? *Fab.* Quando baxaba
la escalera? *Dia.* Hermosas dueñas
sois los hombres de mi casa.

Fab. A la lampara tiró
el sombrero, y la mató,
con esto los pasos pasa,
y en lo obscuro del portal
saca la espada, y camina.

Dia. Vos sois muy linda gallina

Fab. Qué queria? *Dia.* Pesia tal:
cerrar con él y matalle.

Oct. Si era hombre de valor,
fuera bien echar tu honor
desde el portal á la calle?

Dia. De valor aquí, por qué?

Oct. Nadie en Nápoles te quiere,
que mientras casarse espere,
por donde puede te ve.

No hay mil señores que están
para casarse contigo
ciegos de amor? pues bien digo,
si tu le viste galan,
y Fabio tirar baxando
á la lampara el sombrero.

Dia. Sin duda fué caballero,
que amando, y solicitando
vencerá con interés
mis criados: qué criados
tengo, Octavio, tan honrados!
pero yo sabré quién es.

Plumas llevaba el sombrero,
y en la escalera ha de estar:
ve por él. *Fab.* Si le he de hallar?

Dia. Pues claro está, majadero,
que no habia de baxarse
por él, quando huyendo fué.

Fab. Luz, señora, llevaré.

Dia. Si ello viene averiguarse,
no me ha de quedar criado

en casa. *Oct.* Muy bien harás;
pues quando segura estás,
te han puesto en ese cuidado.

Pero aunque es bachillería,
y mas estando enojada,
hablarte en lo que te enfada,
esta tu justa porfia
de no te querer casar,
causa tantos desatinos,
solicitando caminos
que te obligansen á amar.

Dia. Sabeis vos alguna cosa?

Oct. Yo, señora, no sé mas
de que en opinion estás
de incasable, quanto hermosa.
El Condado de Belflor
pone á muchos en cuidado,

Sale Fabio.

Fab. Con el sombrero he topado,
mas no puede ser peor.

Dia. Este? *Oct.* No le he visto yo
mas sucio. *Fab.* Pues este fué.

Dia. Este hallaste? *Fab.* Pues yo habia
de engañarte? *Oct.* Buenas son
las plumas. *Fab.* El es ladrón.

Oct. Sin duda á robar venia.

Dia. Hareisme perder el seso.

Fab. Este sombrero tiró?

Dia. Pues las plumas que ví yo,
y tantas, que aun era exceso,
en esto se resolvieron?

Fab. Como en la lampara dió,
sin duda se las quemó
y como estopas ardieron.

Icaro al sol no subia,
que abrasandose las plumas
cayó en las blancas espumas
del mar: pues esto seria.

El sol la lampara fué,
Icaro el sombrero, y luego
las plumas deshizo el fuego,
y en la escalera le hallé.

Dia. No estoy para burlas, Fabio:
hay aquí mucho que hacer.

Oct. Tiempo habrá para saber
la verdad. *Dia.* Qué tiempo, Octavio?

Oct. Duerme ahora, que mañana
lo puedes averiguar.

Dia. No me tengo de acostar,
no por vida de Diana,
hasta saber lo que ha sido:
llama esas mugeres todas. *vase Fabio.*

Oct. Muy bien la noche acomodas.

Dia. Del sueño, Octavio, me olvido
con el cuidado de ver
un hombre dentro en mi casa.

Oct. Saber despues lo que pasa
fuera dicrecion, y hacer
secreta ayeriguacion.

Dia. Sois, Octavio, muy discreto,
que dormir sobre un secreto
es notable dicrecion.

Salen Fabio, Dorotea, Marcela y Anarda.

Fab. Las que importan he traído,
que las demas no sabrán
lo que deseais, y están
rindiendo al sueño el sentido.

Las de tu cámara solas
estaban por acostar.

An. De noche se altera el mar,
y se enfurecen las olas;
quieres quedar sola? *Dia.* Si:
salios los dos allá.

Fab. Bravo exámen. *Oct.* Loca está.

Fab. Y sospechosa de mí.

Dia. Llegate aquí, Dorotea.

Dor. Qué manda su señoría?

Dia. Que me diceses querria
quién está calle pasca.

Dor. Señora, el Marques Ricardo,
y algunas veces el Conde

París. *Dia.* La verdad responde

de lo que decirte aguardo,
si quieres tener remedio.

Dor. Qué te puedo, yo negar?

Dia. Con quién los has visto hablar?

Dor. Si me pusieses en medio
de mil llamas no podré
decir que fuera de tí
hablar con nadie los ví,
que en aquesta casa esté.

Dia. No te han dado algun papel?
ningun page ha entrado aquí?

Dor. Jamas. *Dia.* Apartate allí.

Mar. Brava inquisicion. *An.* Cruel.

Dia. Oye Anarda. *An.* Qué me mandas?

Dia. Qué hombre es este que salió?

An. Hombre? *Dia.* Desta sala, y yo
sé los pasos en que andas.

Quién le traxo a que me vieses?
con quien habla de vosotras?

An. No creas tú que en nosotras
tal atrevimiento hubiese.

Hombre para verte á tí,
habia de osar traer
criada tuya, ni hacer
esa traicion contra tí?

No señora, no lo entiendes.

Dia. Espera, apartate mas,
porque á sospechar me das
si engañarme no pretendes.

Que por alguna criada
este hombre ha entrado aquí?

An. El verte, señora, así
y justamente enojada,
dexada toda cautela,

me obliga á decir verdad,
aunque contra el amistad
que profeso con Marcela:

ella tiene á un hombre amor,
y él se lo tiene tambien;
mas nunca he sabido quien.

Dia. Negarlo, Anarda, es error:
ya que confesas los mas,
para qué niegas lo ménos?

An. Para secretos agenos
mucho tormento me das,
sabiendo que soy muger:

mas basta que hayas sabido
que por Marcela ha venido;
bien te puedes recoger:

que es sola conversacion,
y ha poco que se comienza.

Dia. Hay tan cruel desvergüenza,
buena andará la opinion
de una muger por casar:

por el siglo, infame gente,
del Conde mi señor... *An.* Tente,
y déxame disculpar;

que no es de fuera de casa
el hombre que habla con ella,
ni para venir á vella,
por esos peligros pasa.

Dia. En efecto, es mi criado?

An. Si señora. *Dia.* Quién? *An.* Teodoro.

Dia. El Secretario? *An.* Yo ignoro lo demas, sé que han hablado.

Dia. Retirate, Anarda, allí.

An. Muestra aquí tu entendimiento.

Dia. Con mas templanza me siento, sabiendo que no es por mí.

Marcela; *Mar.* Señora; *Dia.* Escucha.

Mar. Qué mandas? temblando llego.

Dia. Eres tú de quien fiaba mi honor y mis pensamientos?

Mar. Pues qué te han dicho de mí, sabiendo tú que profeso la lealtad que tu mereces?

Dia. Tú lealtad? *Mar.* En qué te ofendo?

Dia. No es ofensa que en mi casa, y dentro de mi aposento, entre un hombre á hablar contigo?

Mar. Está Teodoro tan necio, que donde quiera me dice dos docenas de requiebros.

Dia. Dos docenas bueno á fe: bendiga el buen año el cielo, pues se venden por docenas.

Mar. Quiero decir que en saliendo ó entrando, luego á la boca traslada sus pensamientos.

Dia. Traslada? término extraño! y qué te dice? *Mar.* No creo que se me acuerde. *Dia.* Sí hará.

Mar. Una vez dice, yo pierdo el alma por esos ojos; otra, yo vivo por ellos: esta noche no he dormido, desvelando mis deseos en tu hermosura; otra vez me pide solo un cabello, para atarlos, porque estén en su pensamiento quedos: mas para qué me preguntas niñerías? *Dia.* Tú á lo ménos, bien te huelgas. *Mar.* No me pesa, porque de Teodoro entiendo que estos amores dirige á fin tan justo y honesto como el casarse conmigo.

Dia. Es el fin del casamiento honesto blanco de amor.

Quieres que yo trate desto?

Mar. Qué mayor bien para mí! pues ya, Señora, que veo tanta blandura en tu enojo, y tal nobleza en tu pecho, te aseguro que le adoro, porque es el mozo más cuerdo, mas prudente y entendido, mas amoroso y discreto que tiene aquesta ciudad.

Dia. Ya sé yo su entendimiento del oficio que me sirve.

Mar. Es diferente el sugeto, de una carta en que le pruebas, á dos títulos tus deudos, ó el verle hablar mas de cerca en estilo dulce y tierno razones enamoradas.

Dia. Marcela, aunque me resuelvo á que os caseis, quando sea para executarlo tiempo, no puedo dexar de ser, quien soy como ves que debo á mi generoso nombre; porque no fuera bien hecho daros lugar en mi casa, sustentar mi enojo quier, pues que ya todos lo saben, tú podrás con mas secreto proseguir ese tu amor: que en la ocasion yo me ofrezco á ayudaros á los dos, que Teodoro es hombre cuerdo, y se ha criado en mi casa. Y á tí, Marcela te tengo la obligacion que tú sabes, y no poco parentesco.

Mar. A tus pies tienes tu hechura.

Dia. Vete. *Mar.* Mil veces los beso.

Dia. Dexádmela sola. *An.* Qué ha sido?

Mar. Enojós en mi provecho.

Dor. Sabe tus secretos ya?

Mar. Si sabe, y que son honestos.

Hacela tres reverencias, y vanse.

Dia. Mil veces he advertido en la belleza gracia y entendimiento de Teodoro, que á no ser desigual á mi decoro, estimara su ingenio y gentileza.

Es el amor comun naturaleza: mas yo tengo mi honor por mas tesoro, que los respetos de quien soy adoro, y aun el pensarlo tengo por boxazeza (me, La envidia bien sé yo que ha de quedar- que si la suelen dar bienes agenos, bien tengo de que pueda lamentarme. Porque quisiera yo que por lo menos, Teodoro fuera mas para lamentarme, ó yo para igualarle fuera ménos.

Vase, y salen Teodoro y Tristan.

Teo. No he podido sosegar.

Tris. Y aun es con mucha razon, que ha de ser tu perdicion, si lo llega á veriguar.

Dixete que la dexaras acostar, y no quisiste.

Teo. Nunca el amor se resiste.

Tris. Tiras, pero no reparas.

Teo. Los diestros lo hacen así.

Tris. Bien sé yo que si lo fueras, el peligro conocieras.

Teo. Si me reconoció? **Tris.** No, y si; que no conoció quien eras, y sospecha le quedó.

Teo. Quando Fabio me siguió baxando las escaleras, fué milagro no matalle

Tris. Qué lindamente tiré mi sombrero á la luz? **Teo.** Fué detenelle, y deslumbrales; porque si adelante pasa, no le dexará pasar.

Tris. Dixe á la luz al baxar: dñ, qué no somos de casa?

Y respondiome, mentís, alzo, y tirele el sombrero:

quedé agraviado? **Teo.** Hoy espero mi muerte. **Tris.** Siempre decís esas cosas los amantes, quando ménos pena os dan.

Teo. Pues qué puedo hacer, Tristan, en peligro semejante?

Tris. Dexar de amar á Marcela, pues la Condesa es muger que si lo llega á saber no te ha de valer cautela para no perder su casa.

Teo. Qué no hay mas sino olvidar?

Tris. Liciones te quiero dar de como el amor se pasa.

Teo. Ya comienzas desatinos.

Tris. Con arte se vence todo, oye por tu vida el modo, por tan faciles caminos.

Primeramente has de hacer resolucion de olvidar, sin pensar que has de tornar eternamente á querer.

Que si te queda esperanza de volver no habrá remedio de olvidar, que si está en medio la esperanza, no hay mudanza.

Por qué piensas que no olvida luego un hombre á una muger? porque pensando en volver va entretendiendo la vida.

Ha de haber resolucion dentro del entendimiento, con que cesa el movimiento, de aquella imaginacion.

No has visto faltar la cuerda de un reloj, y estarse quedas sin movimiento las ruedas?

pues de esa suerte se acuerda el que tiene las potencias, quando la esperanza falta.

Teo. Y la memoria no salta luego á hacer mil diligencias, despertando el sentimiento á que del bien no se pribe?

Tris. Es enemigo que vive asido al entendimiento, como dixo la cancion de aquel español poeta, mas por eso es linda treta vencer la imaginacion

Teo. Cómo? **Tris.** Pensando defectos y no gracias, que olvidando defectos están pensando, que no gracias, los discretos.

No la imagines vestida con tan linda proporcion, de cintura, en el balcón, toda es una arquitectura, porque dixo un sabio un dia,

que á los satres se debia
la mitad de la hermosura.
Como se ha de imaginar
una muger semejante,
es como un disciplinante
que le llevan á curar.

Esto sí, que no adornada
del costoso faldellin,
pensar defectos en fin
es medicina aprobada.
Si de acordarte que vias
alguna vez una cosa

que te pareció asquerosa,
no comes en treinta dias,
acordandote, Señor,
de los defectos que ticne,
si ala memoria te viene,
se te quitará el amor.

Teo. Qué grosero Cirujano!
qué rústica curacion!
los remedios al fin son
como de tu tosea mano.
Medico que me has curado
no has curado á mi amor,
y de la suerte las mugeres,
sino todas cristalinas,
como un vidrio transparentes.

Tris. Vidrio sí, muy bien lo sientes,
si á verlas quebrar caminas;
mas sino piensas pensar
defectos, pensarte puedo,
porque va perdido el miedo
de que podrás olvidar:
par diez, yo quise una vez,
con esta cara que miras,
á una alforxa de mentiras,
años cinco, veces diez.
Y entre otros dos mil defectos,
cierta barriga tenia,
que encerrar dentro podia,
sin otros mil parapetos,
quantos legajos de pliegos
algún escritorio apoya;
pues como el caballo en Troya,
podiera meter los Griegos.
No has oido que tenia
cierto lugar un nogal,

que en el tronco un oficial
con muger y hijas cabia,
y aun no era la casa escasa?
pues desá misma manera
en esa panza cupiera
un texedor, y su casa.
Y queriendola olvidar,
que debió de convenirme,
dió la memoria en decirme,
que pensase en blanco azar,
en azucena y jazmin,
en marfil, en plata, en nieve,
y en la cortina que debe
de llamarse el faldellin.
Conque yo me deshacia,
mas tomé mal cuerdo acuerdo,
y di en pensar como cuerdo,
lo que mal les parecia,
cestos de calabazones,
baldes viejos, maletas,
almotrijes y vergas,
el amor y la esperanza,
y olvide la dicha panza,
por siempre jamas amena.
que era tal que en los dobleces,
y no es mucho encarecer,
se pudieran esconder
quatro manos de almirces.

Teo. En las gracias de Marcela
no hay defectos que pensar,
yo no la pienso olvidar.

Tris. Pues á tu desgracia apela,
y sigue tan loca empresa.

Teo. Todo es gracias: qué he de hacer!

Tris. Pensarlas, hasta perder
la gracia de la Condesa.

Sale la Condesa.

Dia. Teodoro? **Teo.** La misma es.

Dia. Escucha **Teo.** A tu hechura manda.

Tris. Si en averiguarlo anda,
dé casa volamos tres.

Dia. Hame dicho cierta amiga
que desconfia de sí,
que el papel que traygo aquí
le escriba; á hacerlo me obliga
la amistad, aunque yo ignoro,

Teodoro, cosas de amor; que se sabe que yo no sé y que le escribas mejor. *Teo.* Me respondes que vengo á decirte, Teodoro. *Tomale,* y lee. *Teo.* Si aquí, señora, has puesto la mano, no me igualarle fuera en vano, y no me fuera soberbia en mí. Sin verle, pedirte quiero, que á esa señora le envíes.

Dia. Lee, lee. *Teo.* Que desconfíes de mí me espanto: aprender espero de tu estilo que yo no sé; pero que jamás traté de amor.

Dia. Jamás, jamás? *Teo.* Con temor de mis defectos no amé. *Dia.* que fui muy desconfiado.

Dia. Y se puede conocer de que no te dexas ver, pues que te vas rebozado.

Teo. Yo, señora? cuándo ó cómo?

Dia. Dixerónme que salí anoche acaso, y te vío rebozado, el mayor dolo.

Teo. Andaríamos burlando Fabio y yo, como solemos, que mil burlas nos hacemos.

Dia. Lee, lee. *Teo.* Estoy pensando que tengo algun envidioso.

Dia. Zelosa podria ser: lee, lee. *Teo.* Quiero ver ese ingenio milagroso.

Lee. Amar por ver amar, envidia ha sido, y primero que amar estar zelosa es invencion de amor maravillosa, y que por imposible se ha tenido. De los zelos mi amor ha procedido por pesarme, que siendo mas hertuosa no fuese en ser amada tan dichosa que hubiese lo que envidia merecido.

Estoy sin ocasion desconfiada, zelosa sin amor, aunque sintiendo, debo de amar, pues quiero ser amada.

Ni me dexo forzar, ni me defiendo; darme quiero á entender sin decir nada, enténdame quien puede, yo me entiendo.

Dia. Qué dices? *Teo.* Que si esto es á propósito del dueño, no he visto cosa mejor;

mas confieso que no entiendo como puede ser que amor venga á nacer de los zelos, pues muere regularmente.

Dia. Porque esta dama sospecho que se agradaba de ver ese galan sin deseo, y viendole ya empleado en otro amor, con los zelos, vino á amar y á desear: puede ser? *Teo.* Yo lo concedo: mas ya esos zelos, señora, de algun principio nacieron.

Y ese fue amor, que la causa no nace de los efectos, sino los efectos della.

Dia. No sé, Teodoro; esto siento desamada, pues me dixo que nunca á tal caballero tuvo mas que inclinacion,

y en viendole amor, se desamada, y en viendole amor, se desamada.

que te han desamada el alma del honesto pensamiento, con que pensaba vivir.

Teo. Muy lindo papel has echo; yo no me atrevo á igualarle.

Dia. Entra y prueba. *Teo.* No me atrevo.

Dia. Haz esto por vida mia.

Teo. Vueseforía con esto quiere probar mi ignorancia.

Dia. Aquí aguardo, vuelve luego.

Teo. Yo voy. *Dia.* Escucha, Tristan.

Tris. A verlo que mandas vuelvo, con vergüenza destas calzas,

que el secretario mi dueño anda salido estos dias;

y hace mal un caballero, sabiendo que su laçayo le va sirviendo de espejo,

de lucero, y de cortina, en no traerle bien puesto: escalera del señor,

si va acaballo, un discreto nos llamó, pues á su cara se sube por nuestros cuerpos, no debe de poder mas.

Dia. Juega? *Trist.* Plugiera á los ciclos, que á quien juega, nunca faltan desto, ó de aquellos dineros, antiguamente los Reyes algun oficio aprendieron, por si en la guerra, ó la mar perdian su patria y Reyno saber con que sustentarse; dichosos los que pequeños aprendieron á jugar; pues en faltando es el juego un arte noble que gana con poca pena el sustento. Verás un grande pintor acrisolando el ingenio, hacer una imágen viva, y decir el otro necio, que no vale diez escudos; y que el que juega, en diciendo páro, con salir la suerte, se sale á ciento por ciento.

Dia. En fin, no juega? *Trist.* Es cuñado.

Dia. A la cuenta será cierto tener amores. *Trist.* Amores? ó que donaire? es un hielo.

Dia. Pues un hombre de su talle, galán, discreto, y mancebo, no tiene algunos amores, de honesto entretenimiento?

Trist. Yo trato en paja y cebada, no en papeles, ni en requiebros; de dia te sirve aquí, que está ocupado sospecho.

Dia. Pues nunca sale de noche?

Tris. No, le acompaño, que tengo una cadera quebrada.

Dia. De qué, Tristan? *Tris.* Bien te puedo responder lo que responden las mal casadas, en viendo cardenales en su cara del moxicon de los zelos, rodé por las escaleras.

Dia. Rodaste? *Tris.* Por largo trecho, con las costillas conté los pasos. *Dia.* Forzoso es eso, si á la lámpara, Tristan, le tirabas el sombrero.

Trist. O de puto, vive Dios,

que se sabe todo el cuento.

Dia. No respondes? *Trist.* Por pensar quando...pero ya me acuerdo; anoche andaban en casa unos murciélagos negros; el sombrero los tiraba, fuese á la luz uno de ellos, y acerté por dar en él en la lámpara, y tan presto por la escalera rodé, que los dos pies se me fueron.

Dia. Todo está muy bien pensado, pero un libro de secretos dice que es buena la sangre para quitar el cabello, desos murciélagos digo, y haré yo sacarla luego, si es cabello, la ocasion, para quitarla con ellos.

Trist. Vive Dios que hay chamusquina, y que por murciélagero me pone en una galera.

Dia. Qué traigo de pensamientos! *Sale Teo.* Ya lo que mandaste hice.

Dia. Escribiste? *Teo.* Ya lo he hecho, aunque bien desconfiado.

Dia. Muestra. *Teo.* Lee. *Dia.* Dice esto
Lee Diana.

Dia. Querer por ver querer, envidia fuera, si quien lo vió sin ver amar; no amara, porque si antes de amar, no amar pensara despues no amara, puesto que amar viene Amor que lo que agrada considera (ra, en ageno poder, su amor declara, que como la color sale á la cara, sale á la lengua lo que al alma altera.

No digo mas, porque lo mas ofendo desde lo ménos, si es que desmereço porque del ser dichoso me defiendo.

Esto que entiendo solamente ofrezco que lo que no mereço, no lo entiendo por no dar á entender lo que mereço.

Dia. Muy bien guardaste el decoro.

Teo. Burlaste? *Dia.* Plugiera á Dios.

Teo. Qué dices? *Dia.* Que de los dos el tuyo vence Teodoro.

Teo. Pésame, pues no es pequeño principio do aborrecer,

un criado el entender
que sabe mas que su dueño.
De cierto Rey se contó,
que le dixo á un gran privado,
un papel me da cuidado,
y si bien le he escrito yo,
quiero ver otro de vos,
y el mejor escoger quiero:
como vió que el Rey decia,
que era su papel mejor,
fuese, y dixole al mayor
hijo de três que tenia:
vámonos del reyno luego,
que en gran peligro estoy yo:
el mozo le preguntó

la causa, turbado y ciego:
y respondióle ha sabido
el Rey, que yo se mas que él:
que es lo que en este papel
me puede haber sucedido.

Dia. No, Teodoro, que aunque digo
que es el tuyo mas discreto,
es porque sigue el conceto
de la materia que sigo;
y no para que presuma
tu pluma que si me agrada,
píerdo el estar confiada,
de los puntos de mi pluma.
Fuera de que soy muger
á qualquiera error sujeta,
y no sé si muy discreta,
como se echará de ver.
Desde lo ménos aquí,
dices que ofendes lo mas,
y amando, engañado estás,
porque en amor no es así.
Que no ofendé un desigual
amando, pues solo entiendo,
que le ofende aborreciendo.

Teo. Esa es razon natural.
Mas pintaron á Faetonte,
y á Icaro despeñados,
uno en caballos dorados,
precipitado en un monte;
y otro con alas de cera
derretido en el crisol
del sol. **Dia.** No lo hiciera el Sol,
si como es sol, muger fuera.

Si alguna cosa sirvieres
alta, sirverla, y confia,
que amor no es mas que porfia;
no son piedras las mugeres.
Yo me llevo este papel,
que despacio me conviene
verle. **Teo.** Mil errores tiene.

Dia. No hay error ninguno en él.

Teo. Honras mi deseo, aqui
traigo el tuyo. **Dia.** Pues allá
le guarda, aunque bien será
rasgarle. **Teo.** Rasgarlo. **Dia.** Sí,
que no importa que se pierda,
si se puede perder mas.

Vase.

Teo. Fuese, quién pensó jamás
de muger tan noble y cuerda
esto? arrojarle tan presto
á dar su amor á entender?
pero tambien puede ser
que yo me engañase en esto.
Mas no me ha dicho jamás,
ni á lo menos se me acuerda,
pues que importa que se pierda,
si se puede perder mas.
Perder mas, bien puede ser,
por la muger que decia,
mas todo es bachilleria,
y ella la misma muger.
Aunque no, que la Condesa
es tan discreta, y tan varia,
que es la cosa mas contraria
de la ambicion que profesa.
Sirvenla Principes hoy
en Nápoles, que no puedo
ser su esclavo, tengo miedo,
que en grande peligro estoy.
Ella sabe que á Marcela
sirvo, pues aqui ha fundado
el engaño y me ha burlado;
pero en vano se recela
mi temor porque jamás
burlando salen colores:
y al decir con mil temores,
que se puede perder mas:
qué rosa al llorar la Aurora
hizo de las hojas ojos,
abriendo los labios rojos.

con risa á ver como llora,
 como ella los puso en mí,
 bañada en purpura y grana,
 ó qué pálida manzana,
 se esmaltó de carmesí!
 Lo que veo y lo que escucho,
 yo lo juzgo, ó estoy loco,
 para de verdades poco,
 y para de burlas mucho:
 mas teneos pensamiento,
 que os vais ya tras la grandeza;
 aunque si digo belleza,
 bien sabeis vos que no miento:
 que es bellissima Diana,
 y es discreta sin igual.

Salé Mar. Puedo hablarte? Teo. Ocasión tal
 mil imposibles allana:

que por ti, Marcela mia,
 la muerte me es agradable.

Mar. Como yo te vea, y hable,
 dos mil vidas perderia:

estuve esperando el dia,
 como el pagarillo solo,
 y quando ví que en el Polo,
 que Apolo mas presto dora,
 le despertaba la aurora,
 dixé yo veré mi Apolo:

grandes cosas han pasado,
 que no se quiso acostar
 la Condesa, hasta dexar
 satisfecho su cuidado:
 amigas, que han envidiado
 mi dicha con deslealtad,
 le han contado la verdad

que entre quien sirve, aunque veas,
 que hay amistad, no lo creas,
 porque es fingida amistad.
 Todo lo sabe en secreto,
 que si es Diana la Luna,
 siempre quien ama importuna;
 que lo salió y vió nuestro secreto.

Pero será te prometo
 para mayor bien, Teodoro,
 que del honesto decoro
 con que tratas de casarte,
 le dí parte, y dixé aparte,
 quan tiernamente te adoro,
 sus prendas le encarecí,

tu estilo, tu gentileza;
 y ella entonces su grandeza
 mostró tan piadosa en mí,
 que se alegra de que en tí
 hubiese los ojos puesto,
 y de casarnos muy presto
 palabra tambien me dió,
 luego que de mi entendió
 que era tu amor tan honesto.
 Yo pensé que se enojara
 y la casa revolviere,
 que á los dos nos despidiera,
 y á los demas castigara;
 mas su sangre ilustre y clara,
 y aquel ingenio en efecto
 tan prudente y tan perfecto
 conoció lo que mereces.

Oh bien haya, amen mil veces,
 quien sirve á señor discreto!

Teo. Que casarme prometió
 contigo? *Mar. Pues pones duda*
 que á su ilustre sangre acuda?

Teo. Mi ignorancia me engañó,
 qué necio pensaba yo,
 que hablaba en mí la Condesa!
 de haber pensado me pesa,
 que pudo tenerme amor,
 que nunca tan alto azor
 se humilla á tan baxa presa.

Mar. Qué murmuras entre tí?

Teo. Marcela, conmigo habló;
 pero no se declaró
 en darme á entender que fué
 el que embozado salió
 anoche de su aposento.

Mar. Fué discreto pensamiento,
 por no obligarse al castigo,
 de saber que hablé contigo,
 sino lo es el casamiento;
 que el castigo mas piadoso
 de dos que se quieren bien,
 es casarlos. *Teo. Dices bien,*
 y el remedio mas honroso.

Mar. Querrás tú? Teo. Seré dichoso.

Mar. Confírmalo. Teo. Con los brazos,
 que son los rasgos y lazos
 de la pluma del amor,
 pues no hay rúbrica mejor,

que la que firman los brazos.

Sale la Condesa.

Dia. Esto se ha enmendado bien, agora estoy muy contenta, que siempre á quien reprehende da gran gusto ver la enmienda: no os turbeis, ni os altereis.

Teo. Dixe, Señora, á Marcela, que anoche sali de aquí con tanto disgusto y pena, de que vuestra señoria imaginase en su ofensa este pensamiento honesto, para casarme con ella, que me he pensado morir; y dándome por respuesta, que mostrabas en casarnos tu piedad y tu grandeza, dile mis brazos, y advierte, que si mentirte quisiera, no me faltara un engaño: pero no hay cosa que venza, como decir la verdad á una persona discreta.

Dia. Teodoro, justo castigo la deslealtad mereciera, de haber perdido el respeto á mi casa; y la nobleza que usé anoche con los dos, no es justo que parte sea á que os atrevais así, que en llegando á desvergüenza el amor, no hay privilegio que el castigo le defienda. Miéntras no os casais los dos, mejor estará Marcela cerrada en un aposento, que no quiero yo que os vean juntos las demas criadas, y que por exemplo todos tengan para casarse todas.

Dorotea, ah Dorotea.

Sale Dorotea.

Dor. Señora. **Dia.** Toma esta llave, y en mi propia quadra cierra a Marcela, que estos dias podrá hacer labor en ella: No direis que esto es enojo.

Dor. Qué es esto, Marcela? **Mar.** Fuerza de un poderoso tirano, y una rigurosa estrella: encierrame por Teodoro.

Dor. Cárcel aquí, no la temas, y para puertas de zelos, tiene amor llave maestra.

Vanse las dos: quedandose la Condesa y Teodoro.

Dia. En fin, Teodoro, tú quieres casarte? **Teo.** Yo no quisiera hacer cosa sin tu gusto? y creeme, que mi ofensa no es tanta como te han dicho, que bien sabes que con lengua de escorpion pintan la envidia; y que si Ovidio supiera que era servir, en los campos, no en las montañas desiertas pintara su oscura casa, que aquí habita, y aquí reyna.

Dia. Luego no es verdad que quieres á Marcela. **Teo.** Bien pudiera vivir sin Marcela yo.

Dia. Pues me dicen que por ella pierdes el seso. **Teo.** Es tan poco, que no es mucho que le pierda: mas crea vueseñoria, que aunque Marzela merezca esas finezas en mí, no ha habido tales finezas.

Dia. Pues no le has dicho requiebros tales, que engañar pudieran á muger de mas valor.

Teo. Las palabras poco cuestan.

Dia. Qué le has dicho por mi vida? cómo, Teodoro, requiebran los hombres á las mugeres?

Teo. Como quien ama y quien ruega, vistiendo de mil mentiras una verdad, y esa apenas.

Dia. Sí, pero con las palabras?

Teo. Extrañamente me aprieta vueseñoria. Esos ojos, le dixe, esas niñas bellas, son luz con que ven los míos, y los corales y perlas de esa boca celestial

Dia. Celestial. *Teo.* Cosas como estas son la cartilla, señora, de quien ama y quien desea.

Dia. Mal gusto tienes, Teodoro, no te espantes de que pierdas hoy el crédito conmigo, porque sé yo que en Marcela hay mas defectos, que gracias, como la miro mas cerca, sin esto, porque no es limpia, no tengo pocas pendencias con ella, pero no quiero desenamorarte de ella, que bien pudiera decirte cosa, pero aquí se quedan sus gracias y sus desgracias, que yo quiero que la quieras, y que os caseis en buena hora; mas pues de amador te precias, dame consejo, Teodoro, así á Marcela poseas, para aquella amiga mia, que ha dias que no sosiega, de amores de un hombre humilde, porque si en quererle piensa, ofende su autoridad, y si de quererle dexa, pierde el juicio de zelos, que el hombre que no sospecha tanto amor, anda cobardé, aunque es discreto con ella.

Teo. Yo, señora, sé de amor? no sé por Dios como pueda aconsejarte. *Dia.* No quieres como dices á Marcela? no le has dicho esos requiebros? tuvieran lengua las piedras, que ellas dixeran. *Teo.* No hay cosa que decir las piedras puedan,

Dia. Ea que ya te sonrojás y lo que niega la lengua, confiesas con los colores.

Teo. Si ella te lo ha dicho, es necia: una mano la tomé, y no me quedé con ella, que luego se la volví, no sé yo de que se queja

Dia. Sí; pero hay manos que son

como la paz de la Iglesia, que siempre vuelven besadas.

Teo. Es necísima Marcela, es verdad que me atreví, pero con mucha vergüenza, á que templase la boca con nieve, y con azúenenas.

Dia. Con azúenenas y nieve? huelgo de saber que templase ese emplasto el corazon: ahora bien, qué me aconsejas?

Teo. Que si esta dama que dices hombre tan baxo desea, y de quererle resulta á su honor tanta baxeza, haga que con un engaño, sin que la conozca, pueda gozarle. *Dia.* Queda el peligro de presumir que lo entienda: no sera mejor matarle?

Teo. De Marco Aurelio se cuenta, que dió á su muger Faustina para quitarle la pena sangre de un esgrimidor, pero esas Romanas pruebas son buenas entre gentiles.

Dia. Bien dices que no hay Lucrecias, ni Torcatos, ni Virgilio, en esta edad, y en aquella hubo Faustinas, Teodoro, Mesalinas y Popeas; escíbeme algun papel que á este propósito sea y queda con Dios: ay Dios! caí: qué me miras? llega, dame la mano. *Teo.* El respeto me detuvo de ofrecerla.

Dia. Qué graciosa grosería! que con la capa la ofrezcas!

Teo. Así quando vas á Misa te la dá Octavio. *Dia.* Es aquella mano que yo no la pido, y debe de haber setenta años que fué mano, y viene amortajada por muerta: aguardar á quien ha caído á que se vista de seda, es como ponerse un jaco.

quien vé al amigo en pende.cia ,
quien mientras baxa le han muerto;
demas, que no es bien que tenga
nadie por mas cortesia, *nos diligunt*
aunque melindres lo aprueban,
que una mano si es honrada,
traiga la cara cubierta.

Teo. Quiero estimar la merced
que me has hecho. *Dia.* Quando seas
escudero la darás
en el ferreruelo envuelta,
que agora eres secretario,
con que te he dicho que tengas
secreta aquesta caída,
si levantarte desees. *vase.*

Teo. Puedo creer que aquesto es verdad?
puedo,
si miro que es muger Diana hermosa,
pidió mi mano, y la color de rosa
al darsela robó del rostro el miedo.

Tembló, yo lo sentí, dudoso quedo,
que hare? seguir mi suerte venturosa,
si bien por ser la empresa tan dudosa,
niego al temor lo que al valor concedo.

Mas dexar á Marcela, es caso injusto,
que las Mugeres no es razon que espe-
de nuestra obligacion tanto disgusto (ren
Pero si ellas nos dexan quando quieren
por qualquiera interes ó nuevo gusto, (ren
mueran tambien como los hombres mue-

JORNADA SEGUNDA.

Sale Teodoro.

Teo. Nuevo pensamiento mio,
desvanecido en el viento,
que con ser mi pensamiento
de veros volar me rio,
parad, detened el brio,
que os detengo, y os provocho,
porque si el intento es loco,
de los dos lo mismo escucho,
aunque donde el premio es mucho,
el atrevimiento es poco;
y si por disculpa dais
que es infinito el que espero,
averiguemos primero,
pensamiento, en qué os fundais?

vos á quien servís amais?

Direis que ocasion teneis,
si á vuestros ojos crecis
pues, pensamiento, decildes
que sobre pajas humildes
torre de diamante haceis:
si no me sucede bien
quiero culparos á vos,
mas teniéndola los dos,
no es justo que culpa os den,
que podreis decir tambien
quando del alma os levanto
y de la altura me espanto
donde el amor os subió,
que el estar tan baxo yo
os hace á vos subir tanto.

Quando algun hombre ofendido
al que le ofende defiende,
que dió la ocasion, se entiende,
del daño que os ha venido:
sed en buen hora atrevido,
que aunque los dos nos perdamos,
esta disculpa llevamos,
que vos os perdeis por mi,
y que yo tras vos me fui
sin saber á donde vamos.
Id en buen hora, aunque os den
mil muertes por atrevido,
que no se llama perdido
el que se pierde tan bien:
como otros dan parabien
de lo que hallan, estoy tal,
que de perdicion igual
os le doy, porque es perderse
tan bien que puede tenerse
envidia del mismo mal.

Sale Tris. Si en tantas lamentaciones
cabe un papel de Marcela,
que contigo se consuela
de sus pasadas pasiones,
bien te le daré sin porte,
porque quien no ha menester
nadie le procura ver
á la usanza de la Corte,
quando está en alto lugar
un hombre, y qué bien lo imitas!
que le vienen de visitas
á molestar y enfadar;

pero si muda de estado,
como es la fortuna incierta,
todos huyen de su puerta
como si fuese apestado.

Parecete que lavemos
en vinagre este papel?

Teo. Contigo, necio, y con él
entrambas cosas tenemos,
muestra que vendrá lavado,
si en tus manos ha venido.

Lee: A Teodoro mi marido:
marido: qué necio enfado!
qué necia cosa! **Tris.** Es muy necia.

Teo. Preguntale á mi ventura
si subida á tanta altura
esas mariposas precia.

Tris. Leele, por vida mia,
aunque ya estés tan divino,
que no se desprecia el vino
de los mosquitos que cria,
que sé yo quando Marcela,
que llamas ya mariposa,
era aguilá caudalosa.

Teo. El pensamiento que vuela
á los mismos cerros de oro
del sol tan baxa la mira,
que aun de que la ve se admira.

Tris. Hablas con justo decoro
mas qué haremos del papel?

Teo. Esto. **Tris.** Rasgástele? **Teo.** Si.

Tris. Por qué señor? **Teo.** Porque así
respondi mas presto á él.

Tris. Ese es injusto rigor.

Teo. Ya soy otro, no te espantes.

Tris. Basta que sois los amantes
Boticarios del amor,
que como ellos las recetas
vais ensartando papeles,
recipe zelos crueles,
agua de azules violetas.

Recipe un dësden extraño
sirupí del borrajorum,
con que la sangre templorum
para asegurarse el daño

Recipe ausencia, tomad
un emplasto para el pecho,
que os hiciera mas provecho
estaros en la Ciudad.

Recipe de matrimonio
alli es menester 'xaraves,
y tras diez dias suaves
purgalle con antimonio.

Recipe signus celeste,
que capricornius dictur,
ese enfermo morietur,
sino es que paciencia preste.

Recipe de alguna tienda
joya, ó vestido sacabis,
con tabletas confortabis
la bolsa que tal emprenda.

A esta traza finalmente
van todo el año ensartando;
llega la paga, en pagando,
ó viva ó muera el doliente.

Se rasga todo papel,
tú la cuenta has acabado,
y el de Marcela has rasgado
sin saber lo que hay en él.

Teo. Ya tú debes de venir
con el vino que otras veces.

Tris. Pienso que te desvaneces
con lo que intentas subir.

Teo. Tristan, quantos han nacido
su ventura han de tener,
no saberla conocer
es el no haberla tenido,
ó morir en la porfia,
ó ser Conde de Belflor.

Tris. Cesar llamaron, señor,
á aquel Duque que traia
escrito por gran blason:
Cesar ó nada; y en fin

tuvo tan contrario el fin,
que al fin de su pretension,
escribió una pluma airada:
Cesar ó nada dixiste,
y todo Cesar lo fuiste,
pues fuiste Cesar y nada.

Teo. Pues tomo Tristan la empresa,
y haga despues la fortuna
lo que quisiere.

Salen Marcela, y Dorotea.

Dor. Si á alguna
de tus desdichas le pesa,
de todas las que servimos
á la Condesa, soy yo.

Mar. En la prision que me dió tan justa amistad hicimos, y yo me siento obligada de suerte, mi Dorotea, que no habrá amiga que sea mas de Marcela estimada: Anarda piensa que yo no sé como quiere á Fabio, pues della nació mi agravio, que á la Condesa contó los amores de Teodoro.

Dor. Teodoro está aquí, **Mar.** Mi bien.

Teo. Marcela el paso deten.

Mar. Cómo mi bien, si te adoro, quando á mis ojos te ofreces?

Teo. Mira lo que haces, y dices, que en palacio los tapices han hablado algunas veces. De qué piensas que nació hacer figuras en ellos? de avisar dè que tras dellos siempre alguna vivo escuchó. Si un mudo viendo matar á un Rey, su padre, dió voces, figuras que no conoces pintadas sabrán hablar.

Mar. Has leído mi papel.

Teo. Sin leerle le he rasgado, que estoy tan escarmentado, que rasgué mi amor con él.

Mar. Son los pedazos aquestos?

Teo. Sí, Marcela. **Mar.** Y mi amor has rasgado? **Teo.** No es mejor que vernos por puntos puestos en peligros tan extraños: si tú de mi intento estás, no tratemos desto mas, para excusar tantos daños.

Mar. Qué dices? **Teo.** Que estoy dispuesto á no darle mas enojos á la Condesa. **Mar.** En los ojos tuve muchas veces puesto el temor desta verdad.

Teo. Marcela, queda con Dios: aquí acaba de los dos el amor, no la amistad.

Dor. Tú dices eso, Teodoro, á Marcela? **Teo.** Yo lo digo,

que soy de quietud amigo, y de guardar el decoro á la casa que me ha dado el ser que tengo. **Mar.** Oye, advierte. **Teo.** Dexame. **Mar.** De aquesta suerte me tratas? **Teo.** Qué necio e. fado!

Vase, y salen la Condesa y Anarda.

Dia. Esta ha sido la ocasion, no me reprendas mas.

An. La disculpa que me das me ha puesto en mas confusion: Marcela está aquí, señora, hablando con Dorotea.

Dia. Pues no hay disgusto que sea para mí mayor agora; salte allá fuera, Marcela.

Mar. Vamos, Dorotea, de aquí.

Dor. Bien digo yo que de tí, ó se enfada, ó se recela. *Vanse Marcela y Dorotea.*

An. Puedo habiarte? **Dia.** Ya bien puedes.

An. Los dós que de aquí se van ciegos de tu amor están, tú en desdeñarlos excedes la condicion de Anaxarte, la castidad de Lucrecia, y quien á tanto desprecia.

Dia. Ya me canso de escucharte.

An. Con quien te piensas casar? no puede el Marqués Ricardo por generoso y gallardo sino exceder, igualar al mas poderoso y rico? y la mas noble muger, tambien no lo puede ser de tu primo Federico? por qué los has despedido con tan extraño desprecio?

Dia. Porque uno es loco, otro necio, y tú en no haberme entendido, mas, Anarda, que los dos; no los quiero, porque quiero, y quiero, porque no espero remedio. **An.** Valgame Dios! tú quieres? **Dia.** No soy muger?

An. Sí, pero imagen de yelo, donde el mismo sol del cielo podrá tocar, y no arder.

Dia. Pues esos yelos, Anarda, dieron todos á los pies de un hombre humilde. *An.* Quién es?

Dia. La vergüenza me acobarda, que de mi propio valor tengo: no diré su nombre, basta que sepas que es hombre, que puede infamar mi honor.

An. Si Pasife quiso un toro, Semiramis un caballo, y otras los monstruos que callo, por no infamar su decoro: qué ofensa te puede hacer querer hombre, sea quien fuere?

Dia. Quien quiere puede si quiere, como quiso, aborrecer. Esto es lo mejor, yo quiero no querer. *An.* Podrás? *Dia.* Podré, que si quando quise amé, no amar en queriendo espero:

Toquen dentro.

quién canta? *An.* Fabio con Clara.

Dia. Ojalá que me diviertan.

An. Música y amor concertan bien: en la cancion repara.

Cantan dentro.

O quién pudiera hacer ó quien hiciese, que en no queriendo amar aborreciese! ó quien pudiera hacer, ó quien hiciera que en no queriendo amor aborreciera.

An. Qué te dice la cancion? no ves que te contradice?

Dia. Bien entiendo lo que dice, mas yo sé mi condicion; y sé que estará en mi mano, como amar á aborrecer.

An. Quien tiene tanto poder, pasa de límite humano.

Sale Teo. Fabio me ha dicho, señora, que le mandaste buscarme.

Dia. Horas ha que te deseo.

Teo. Pues ya vengo á que me mandes, y perdona si he faltado.

Dia. Ya has visto estos dos amantes: esos dos mas pretendientes.

Teo. Si señora. *Dia.* Buenos talles tienen los dos. *Teo.* Y muy buenos.

Dia. No quiero determinarne

sin tu consejo, con cuál te parece que me case?

Teo. Pues qué consejo, señora, puedo yo en las cosas darte, que consisten en tu justo? qualquiera que quieras darme por dueño será mejor.

Dia. Mal pagas el estimarte por consejero, Teodoro, en caso tan importante.

Teo. Señora, en casa no hay viejos que entienden de casos tales? Octavio, tu mayordomo, con esperiencia lo sabe, fuera de su larga edad.

Dia. Quiero yo que á ti te agrade el dueño que has de tener: tiene el Marqués mejor talle que mis primos. *Teo.* Si señora.

Dia. Pues elijo al Marques: parte, y pídele las albricias.

Vase la Condesa.

Teo. Ay desdicha semejante? ay resolucion tan breve? ay mudanza tan notable? estos eran los intentos que tuve? O sol! abrasadme

las alas con que subí, pues vuestro rayo deshace las mas atrevidas plumas á la belleza de un angel.

Cayó Diana en su error; ó que mal hice en fiarme de una palabra amorosa!

ay como entre desiguales mal se concerta el amor! pero es mucho que me engañen aquellos ojos á mí, si pudieran ser bastantes

á hacer engaños á Ulises? De nadie puedo quejarme, sino de mí; pero en fin, qué pierdo quando me falte?

Hare cuenta que he tenido algun accidente grave, y que miéntras me duró, imaginé disparates.

Sale Tris. Turbado á buscarte vengo,

es verdad lo que me han dicho?

Teo. Ay Tristan, verdad será,
si son desengaños míos.

Tris. Ya, Teodoro, en las dos sillas
los dos batanes he visto
que molieron á Diana;
pero que hubiese elegido,
hasta agora no lo sé.

Teo. Pues, Tristan, agora vino
ese tornasol mudable,
esa veleta, ese vidrio,
ese río juntó al mar,
que vuelve atras, aunque es río,
esa Diana, esa Luna,
esa muger, ese echizo,
ese monstruo de mudanzas,
que solo perderme quisó
por afrontar sus victorias,
y que dixese me dixo,
qual de los dos me agradaba;
porque sin consejo mio
no se pensaba casar:
quedé muerto, y tan perdido,
que no responder locuras
fué de mi locura indicio:
dixome, en fin, que el Marques
le agradaba, y que yo mismo
fuese á pedir las albricias.

Tris. Ella en sí tiene marido?

Teo. El Marques Ricardo. **Tris.** Pienso
que á no verte sin juicio,
es porque dar aficcion
no es justo á los afligidos,
que agora te diera vaya
de aquel pensamiento altivo
con que á ser Conde aspirabas.

Teo. Sí aspiré, Tristan y aspiro.

Tris. La culpa tienes de todo.

Teo. No lo niego, que yo he sido
facil en creer los ojos
de una muger. **Tris.** Yo te digo,
que no hay vasos de veneno
á los mortales sentidos,
Teodoro, como los ojos
de una muger. **Teo.** De corrido
te juro, Tristan, que apenas
puedo levantar los míos.
Eso pasó, y el remedio

es sepultura, en olvido
del suceso, y el amor.

Tris. Qué arrepentido y contrito
has de volver á Marcela!

Teo. Presto seremos amigos.

Sale Marcela.

Teo. Marcela. **Mar.** Quienes? **Teo.** Yo soy:
asi te olvidas de mí?

Mar. Y tan olvidada estoy,
que á no imaginar en tí
fuera de mi misma voy,
porque si en mí misma fuera
te imaginara y te viera,
que para no imaginarte
tengo el alma en otra parte,
aunque olvidarte no quiera.
Como me osaste nombrar?
cómo cupo en esa voca:
mi nombre? **Teo.** Quise probar
tu firmeza, y es tan poca,
que no me ha dado lugar.
Ya dicen que se empleo
tu cuidado en un sugeto,
que mi amor sustituyo.

Mar. Nunca, Teodoro, el discreto
muger ni vidrio probó,
mas no me des á entender
qué prueba quisiste hacer:
yo te conozeo, Teodoro,
unos pensamientos de oro
te hicieron enloquecer.
Cómo te va? no te salen
como tú te lo imaginas?
no te cuestan lo que valen?
no hay dichas, que las divinas
partes de tu dueño igualen?
qué ha sucedido? qué tienes?
turbado, Teodoro, vienes:
mudóse aquel vendabal?
vuelves á buscar tu igual,
ó te burlas y entretienes.
Confieso que me holgaría
que diceses á mi esperanza,
Teodoro, un alegre día.

Teo. Si le quieres con venganza,
qué mayor, Marcela mía?
pero mira que el amor
es hijo de la nobleza,

no muestres tanto rigor,
 que es la venganza baxeza,
 indigna del vencedor;
 venciste, yo vuelvo á tí,
 Marcela, que no salté
 con aquel mi pensamiento,
 perdóaa el atrevimiento:
 si ha quedado amor en tí,
 no porque no puede ser
 proseguir las esperanzas
 con que te puedo ofender,
 mas porque en estas madanzas
 memorias me hacen volver:
 sean, pues, estas memorias
 parte á despertar la tuya,
 pues confieso tus victorias.

Mar. No quiera Dios que destruya
 los principios de tus glorias.
 Sirve, bien haces, porfia,
 no te rindas, que dirá
 tu dueño que es cobardía,
 sigue tu dicha, que ya
 voy prosiguiendo la mia.
 No es agravio amar á Fabio,
 pues me dexaste, Teodoro,
 sino el remedio mas sabio,
 que aunque el dueño no mejoro,
 basta vengar el agravio;
 y quédate á Dios, que ya
 me cansa el hablar contigo,
 no venga Fabio que está
 medio casado conmigo.

Teo. Tenla, Tristan, que se va.
Tris. Señora, señora, advierte
 que no es volver á querer,
 dexar de haberte querido,
 disculpa el buscarte ha sido,
 si ha sido culpa ofenderte.
 Oyeme, Marcela, á mí.

Mar. Que quieres, Tristan? *Tris.* Espera.
Salen la Condesa, y Anarda.

Dia. Teodoro y Marcela aquí.
An. Parece que el ver te altera
 que estos se hablen así.

Dia. Toma, Anarda, esta antepuerta,
 y cubramonos las dos,
 amor con zelos despierta.

Mar. Dexame, Tristan, por Dios.

An. Tristan á los dos concierta
 que deben estar reñidos.

Dia. El alcahuete lacayo
 me ha quitado los sentidos.

Tris. No pasó mas presto el rayo,
 que por sus ojos y oidos
 pasó la necia belleza
 de esa muger que le adora:
 ya desprecia su riqueza,
 que mas riqueza atesora
 tu gallarda gentileza.
 Haz cuenta que fue cometa
 aquel amor, ven acá
 Teodoro. *Dia.* Brava estafeta
 es el lacayo. *Teo.* Si ya,
 Marcela á Fabio sujeta,
 dice que le tiene amor,
 por qué me llamas Tristan?

Tris. Otro enojado. *Teo.* Mejor
 los dos casarse podrán.

Tris. Tú tambien? bravo rigor!
 ea, acaba, llega pues,
 dame esa mano, y despues
 que se hagan las amistades.

Teo. Necio, tú me persuades?

Tris. Por mí quiero que le des
 la mano otra vez, señora.

Teo. Quando he dicho yo á Marcela
 que he tenido á nadie amor?
 y ella me ha dicho. *Tris.* Es cautela
 para vengar tu rigor.

Mar. No es cautela, que es verdad.

Tris. Calla boba; ea llegado.
 Qué necios estais los dos!

Teo. Yo rogaba, mas por Dios
 que no he de hacer amistad.

Mar. Pues á mí me pase un rayo.

Tris. No jures. *Mar.* Aunque le nuestro
 enojo, ya me desmayo.

Tris. Pues tente firme. *Dia.* Qué diestro
 está el bellaco lacayo!

Mar. Dexame Tristan, que tengo
 que hacer. *Teo.* Déxala Tristan.

Tris. Por mí vaya. *Teo.* Tenla. *Mar.* Venga
 mi amor. *Tris.* Cómo no se van
 ya, que á ninguno detengo?

Mar. Ay mi bien! no puedo irme.

Teo. Ni yo, porque no es tan firme

ninguna roca en la mar.

Mar. Los brazos te quiero dar.

Teo. Y yo á los tuyos asirme.

Tris. Si yo no era menester,

por qué me hicistes cansar?

An. Desto gustas? *Dia.* Vengo á ver lo poco que hay que fiar de un hombre y una muger.

Teo. Ay qué me has dicho de afrentas?

Tris. Yo he caído ya con veros juntar las almas contentas, que es desgracia de terceros, no se concertar las ventas.

Mar. Si te trocáre, mi bien, por Fabio ni por el mundo, que tus agravios me den muerte. *Teo.* Hoy de nuevo fundo, Marcela, mi amor tambien, y si te olvidare digo, que me dé el cielo en castigo el verte en brazos de Fabio.

Mar. Quieres deshacer mi agravio?

Teo. Qué no haré por tí, y contigo?

Mar. Di que todas las mugeres son feas. *Teo.* Contigo es claro?

mira, qué otra cosa quieres?

Mar. En ciertos zelos reparo, ya que tan mi amigo eres, que no importa que esté aquí

Tristan. *Tris.* Bien podeis por mí aunque de mi mismo sea.

Mar. Dí que la Condesa es fea.

Teo. Y un demonio para mí.

Mar. No es necia? *Teo.* Por todo extremo.

Mar. No es bachillera? *Teo.* Es cuitada.

Dia. Quiero estorbarlos, que temo que no reparen en nada, y aunque me hielo me quemó.

An. Ay señora no hagas tal.

Tris. Quando querais decir mal de la Condesa y su talle, á mí me oid. *Dia.* Escuchalle podrá desvergüenza igual?

Tris. Lo primero. *Dia.* Yo no aguardo á lo segundo, que fuera necesidad. *Mar.* Voyme, Teodoro.

Vase con reverencia Marcela.

Tris. La Condesa. *Teo.* La Condesa?

Dia. Teodoro. *Teo.* Señora, advierte.

Tris. El Cielo á tronar comiezza, no pienso aguardar los rayos.

Vase Tristan.

Dia. Anarda un bufete llega, escribiráme Teodoro una carta de su letra, pero notandola yo.

Teo. Todo el corazon me tiembla, si oyó lo que hablado habemos.

Dia. Bravamente amor despierta, con los zelos a los ojos: que aqueste amase a Marcela, y que yo no tenga partes para que tambien me quiera, que se burlasen de mí.

Teo. Ella murmura y se queja, bien digo yo, que en palacio para que a callar aprenda, tapices tienen oídos, y paredes tienen lenguas.

Sale Anarda con un bufetino pequeño y recado de escribir.

An. Este pequeño he traído, y tu escribámbia. *Dia.* Llegá, Teodoro, y toma le puma.

Teo. Hoy me mata ó me destierra.

Dia. Escribe, *Teo.* *Dia.* No estas bien con la rodilla en la cerra, ponte, Anarda, una almohada.

Teo. Yo estoy bien. *Dia.* Ponsela, necia.

Teo. No me agrada este favor sobre enojos y sospechas, que quien honra las rodillas, cortar quiere la cabeza.

Yo aguardo. *Dia.* Yo digo así.

Teo. Mil cruces hacer quisiera. *Sientase la Condesa en una silla alta; ella dice, y él va escribiendo.*

Quando una muger principal se ha declarado con un hombre humilde, es lo mucho el término de volver hablar á otra, mas quien no estima su fortuna quédese para necio.

Teo. No dices mas? *Dia.* Pues qué mas? el papel, Teodoro, cierra.

An. Qué es esto que haces, señora?

Dia. Necesades de amor llenas.

An. Pues á quién tienes amor?

Dia. Aun no lo conoces, bestia, pues yo sé que lo murmuran de mi casa hasta las piedras.

Teo. Ya el papel está cerrado; solo el sobrescrito resta.

Dia. Pon, Teodoro para tí, y no lo entienda Marcela, que quizá le entenderás quando despacio le leas.

Vase, queda solo, y sale Marcela.

Teo. Hay confusion tan estraña! qué aquesta muger me quiera con paso como sangria, y que tenga intercadencias el pulo de amar tan grandes!

Mar. Qué te ha dicho la Condesa, mi bien? que he estado temblando detrás de aquella antepuerta.

Teo. Díxome que te quería casar con Fabio, Marcela, y este papel que escribí es que despacha á su tierra por los dineros del dote.

Mar. Qué dices? *Teo.* Solo que sea para bien; y pues te casas, que de burlas ni de veras tomes mi nombre en tu boca.

Mar. Oye. *Teo.* Es tarde para quejas. *Vase.*

Mar. No, no puedo yo creer que aquesta la ocasion sea, favores de aquesta loca le han hecho dar esta vuelta, que el está como arcaduz, que quando le baxa llena del agua de su favor, y quando le sube mengua.

Ay de mí, Teodoro, ingrato! que luego que su grandeza te toca al arma me olvidas, quando te quiere me dexas, quando te dexa me quieres, quién ha de tener paciencia?

Salen el Marques y Fabio.

Ric. No puedo, Fabio, detenerme una hora por tal merced le besaré las manos.

Fab. Dile presto, Marcela, á mi señora, que está el Marques aquí.

Mar. Zelos tiranos, ap. zelos crueles, qué queréis agora tras tantos locos pensamientos vanos?

Fab. No vas? *Mar.* Ya voy.

Fab. Pues dile que ha venido nuestro nuevo señor, y su marido.

Vase Marcela, y sale la Condesa.

Dia. Vue señoría aquí? *Ric.* Pues no era justo si me envias con Fabio tal recado, y si despues de aquel mortal disgusto me elegis por marido, y por criado? dadme esos pies que de manera el gusto de ver mi amor en tan dichoso estado me vuelve loco, que le tengo en poco, si me contento con volverse loco.

Quándo pensé, señora, mereceros, ni llegar á mas bien que deseáros? (deros

Dia. No acierto, aunque lo intento, á respon: yo he enviado á llamaros, o és burlaros.

Ric. Fabio, que es esto? *Fab.* Puedo yo traer sin ocasion agora, ni llamaros (ros? menos que de Teodoro prevenido? (do

Dia. Señor Marques. Teodoro culpa ha si Oyéme anteponer á Federico, vuestra persona, con ser primo hermano, y caballero generoso y rico, y presumió que os daba ya la mano; á vuestra señoría la suplico perdone aquestos necios. *Ric.* Fuera en dar á Fabio perdon, sino estuviera (vano adonde vuestra imagen le valiera. Besoos los pies con el favor, y espero que ha de vencer amor esta porfia.

Vase el Marques.

Dia. Pareccos bien aquesto, majadero.

Fab. Por qué me culpa á mi vue señoría?

Dia. Llamad luego á Teodoro, qué ligero este cansado pretensor venia, quando me matan zelos del que adoro!

Fab. Ya, señora, está aquí nuestro Teodoro.

Salé Teo. Vacilando entre mi mismo una hora he estado leyendo tu papel, y bien mirado, señora, tu pensamiento, hallo que mi cobardia procede de tu respeto; pero ya que soy culpado en tenerle como necio

á tus muchas diligencias,
y así á decirme resuelto
que te quiero, y que es disculpa,
que con respecto te quiero:
temblando estoy no te espantes.

Dia. Teodoro, yo te lo creo,
por qué no me has de querer,
si soy tu señora, y tengo
tu voluntad obligada,
pues te estimo y favorezco
mas que á los otros criados?

Teo. Ese language no entiendo.

Dia. No hay mas que entender, Teodoro,
ni pasar el pensamiento
un átomo desta raya:
enfrena qualquier deseo,
que de una muger, Teodoro,
tan principal, y mas siendo
tus meritos tan humildes,
basta un favor muy pequeño,
para que toda la vida
vivas honrado y contento.

Teo. Cierito que vuesañoria,
perdoneme si me atrevo,
tiene en el juicio á veces,
que no en el entendimiento,
mil lúcidos intervalos:
para que puede ser bueno
haberme dado esperanzas,
que en tal estado me han puesto,
pues del peso de mis dichas
caí como sabe enfermo,
casi un mes en una cama,
luego que tratamos desto?
si quando ve que me enfrio,
se abrasa en un vivo fuego;
y quando ve que me abraso,
se hiela de puro hielo:
dexárame con Marcela,
mas viuela bien el cuento
del Perro del Hortelano,
no quiere abrasada en zelos
que me case con Marcela;
y en viendo que no la quiero,
vuelve á quitarme el juicio,
y despertarme si duermo;
pues coma ó dexa comer,
porque yo no me sustento

de esperanzas tan cansadas.
que sino, desde aquí vuelvo
á querer donde me quieren.

Dia. Eso no, Teodoro advierto
que Marcela no ha de ser:
en otro qualquier sugeto
pon los ojos; que en Marcela
no hay remedio. *Teo.* No hay remedio?
pues quiere vuesañoria
que si me quiere y la quiero
ande á probar voluntades?
tengo yo de tener puesto
adonde no tengo gusto:
mi gusto por el ageno?
yo adoro á Marcela, y ella
me adora, y es muy honesto
este amor. *Dia.* Picaro, infame,
haré que te maten luego.

Teo. Qué hace vuesañoria?

Dia. Daros Por sucio y grosero
estos bofetones. *Fab.* Tenten!

Salen Fabio y el Conde Federico.

Fed. Bien dices Fabio, no entremos;
pero mejor es llegar:
señora mia, que es esto?

Dia. No es nada, enojos que pasan
entre criados y dueños.

Fed. Quiere vuesañoria
alguna cosa? *Dia.* No quiero
mas de hablaros en las mias.

Fed. Quisiera venir á tiempo
que os hallara con mas gusto.

Dia. Gusto Federico tengo,
que aquestas son niñerías,
entrad, y sabreis mi intento
en lo que toca al Marqués. *Vase Dia.*

Fed. Fabio, Fabio, yo sospecho
que en estos disgustos hay
algunos ciertos secretos.

Fab. No sé: por Dios admirado
de ver, señor Conde, quedo
tratar tan mal á Teodoro,
cosa que jamás ha hecho
la Condesa mi señora.

Fed. Bañóle de sangre el lienzo.

Vanse Federico y Fabio.

Sale Tris. Siempre tengo del venir
acabados los sucesos;

parezco espada cobarde.
Teo. Ay Tristan? **Tris.** Señor qué es esto? sangre en el lienzo? **Teo.** Con sangre quiere mi amor que de los zelos entre en la letra. **Tris.** Por Dios que han sido zelos muy necios.
Teo. No te espantes que está loco de un amoroso deseo, y como el executarle tiene su honor por desprecio, quiere deshacer mi rostro, porque es mi rostro el espejo adonde mira su honor, y vengase en verle feo.
Tris. Señor, que Juana ó Lucía cierren conmigo por zelos, y me rompan por las viñas el cuello que ellas me diéron, que me repelen y arañen, sobre averiguar por cierto que le hice un peso falso, vaya, es gente de pandero, de media de cordellate y de zapato fraylesco; pero que tan gran señora se pierda tanto respeto á si misma, es vil accion.
Teo. Nose, Tristan, pierdo el seso de ver que me está adorando, y que me aborrece luego: no quiere que sea suyo: ni de mirar la busca para hablarme algun enredo. No dudes, naturalmente es del hortelano el perro, ni come, ni comer dexa, ni está fuera, ni está dentro.
Tris. Contáronme que un doctor Catedrático y Maestro, tenia un ama y un mozo, que siempre andaban riñendo. Refugian á la comida, á la cena, y hasta el sueño le quitaban con sus voces, que estudiar no habia remedio. Estando en lienzo un dia fuele forzoso corriendo

volver á casa, y entrando de improviso en su aposento, vió el ama y mozo acostados con amorosos requiebros, y dixo: gracias á Dios, que una vez en paz os veo; y esto imagino de entrambos; aunque siempre andáis riñendo.

Sale la Condesa.

Dia. Teodoro. **Teo.** Señora? **Teo.** Es duende esta mujer? **Dia.** Solo vengo á saber como te hallas.

Teo. Ya no lo ves. **Dia.** Estas bueno?

Teo. Bueno estoy. **Dia.** y no dirás á tu servicio. **Teo.** No puedo estar mucho en tu servicio, siendo tal el tratamiento.

Dia. Qué poco sabes? **Teo.** Tan poco, que te siento y no te entiendo, pues no entiendo tus palabras, y tus bofetones siento: sino te quiero te enfadas, y enojaste si te olvido, y si me acuerdo te ofendo: pretendes que yo te entienda, y si te entiendo soy necio; matame ó dame la vida, da un medio á tantos extremos.

Dia. Hicete Sangre. **Teo.** Pues no.

Dia. Adónde tienes el lienzo?

Teo. Aquí. **Dia.** Muestra. **Teo.** Para qué?

Dia. Para qué? la sangre quiero

habla á Octavio á quien agora mandé que te diese luego dos mil escudos, Teodoro.

Teo. Para qué? **Dia.** Para hacer lienzos.

Vase la Condesa.

Teo. Hay disparates iguales?

Tris. Qué encantamientos son estos?

Teo. Dos mil escudos me ha dado.

Tris. Bien puedes tomar al precio otros tantos bofetones.

Teo. Dice: qué son para lienzos, y llevó el mio con sangre.

Tris. Pago la sangre, y te ha hecho doncella por las narices.

Teo. No anda mal agora el perro,

pues despues que muerde alhaga.
Tris. Todos aquestos extremos
 han de parar en el alma
 del Doctor. *Teo.* Quieralo el cielo.

JORNADA TERCERA.

Salen Federico, Ricardo y Celio.

Ric. Esto visteis? *Fed.* Esto vi.

Ric. Y qué, le dio bofetones?

Fed. El servir tiené ocasiones,
 mas no lo son para mi,
 que el poner una muger
 de aquellas prendas la mano
 al rostro de un hombre, es llano,
 que otra ocasion puede haber,
 y bien veis que lo acreditá
 el andar tan mejorado.

Ric. Ella es muger y el criado.

Fed. Su perdicion solicita.

Ric. La altivez y bizzarria

de Diana me admiro,
 y bien puede ser que yo
 viese y no viese aquel dia.
 Mas ver caballos y pages
 en Teodoro, y tantas galas,
 qué son sino nuevas alas?
 pues criados, oro y trages
 no los tuviera Teodoro
 sin ocasion tan notable.

Fed. Antes que desto se hable
 en Napoles, y el decoro
 de vuestra sangre se ofenda,
 sea ó no sea verdad,
 ha de morir. *Ric.* Y es piedad
 matarle, aunque ella lo entienda.

Fed. Podrá ser? *Ric.* Bien puede ser
 que hay en Napoles quien vive
 de eso, y en oro recibe
 lo que en sangre ha de volver,
 no hay mas que buscar un bravo,
 y que le despache luego.

Fed. Por la brevedad os ruego.

Ric. Hóy tendra su justo pago
 semejante atrevimiento.

Fed. Son bravos estos? *Ric.* Sin duda.

Fed. El cielo ofendido ayuda
 vuestro justo pensamiento.

Salen Furio, Antonelo y Lirano, Lacayos,

y *Tristan vestido de nuevo.*

Tris. Suelta, Antonelo. *An.* Lirano,

Furio que se nos defiende.

Fur. Depos aquí para vino,
 ó será... *Tris.* Si yo quisiere.

Lir. Ha de querer, ó si no

le darán al alcabuete.

Tris. Qué me han de dar, voto á Christo
 que han de llevar desta suerte,

Mérelas á cuchilladas.

canalla vil, voto á Dios!

Ric. Aqueste hombre es valiente.

Celio, llámame ese hidalgo.

Cel. Oye usted. *Tris.* Soy obediente.

Ric. Aquí nos mueve. *Tris.* Qué mandan!

Ric. Solo vuestra valentia

á que si acaso quisieseis

matar un hombre, que yo

daré lo que justo fuere.

Tris. Aquí me importa fingir,

á mi amo aquesta gente

quiere que mate. *Fed.* Si acaso

el precio no es competente,

dé Ricardo este bolsillo.

Tris. Pues con los muertos le quite:

quién es este desdichado?

Fed. Con Teodoro solamente

tenemos cierto rencor,

y queremos si ser puede

que vm. le mate, el secreto

importa, y en esta tiene

para señal que despues

será lo que vm. quisiere.

Tris. Vayan con Dios y descuiden,

y así á su Dios le encomienden.

Vanse, queda Tristan, y sale Teodoro.

Tris. Señor, ádonde has estado,

que ando rabiando por verte?

Teo. Tristan, no sé de mí mismo,

porque vengo de tal suerte,

que por no morir, me voy

donde no me halle la muerte.

Tris. Pues si de la muerte huyes,

por qué, dime, señor, quieres

que á tí la muerte te halle.

Teo. Porque Diana lo quiere:

ves todo quanto ayer dixo?

pues hoy, Tristan, me parece,

porque Marcela se goce
de mi mal, juzgo que quiere,
que con Marcela me case.

Tris. Pues dime, señor, que quieres,
que te quejate de tu fortuna
y no vengas con vaybenes,
si me ausento, ó no me ausento,
si voy á buscar la muerte,
por no morir á sus ojos,
porque Marcela me quiere,
dexa á Marcela, señor,
que con la Condesa puedes
apretar de rempujon,
y venga lo que viniere.

Teo. Cómo si no soy su igual?

Tris. Cómo muy bien, desta suerte
diz que el Conde Ludovico
envió un hijo, habra años veinte,
á Malta, y le cautivaron,
de tu mismo nombre, y puedes
en fe de que eres su hijo casarte.

Teo. Si tu pudieses
hacer que fuese su hijo,
y que él mi padre fuese,
fácil seria el casarme;
pero temo no nos cueste
á los dos, ó que nos maten,
ó que á galeras nos echen.

Tris. Dexalo todo á mi cargo,
porque yo lo haré de suerte,
que seas conde, aunque yo
venga á ser tu confidente,
pero dexando esto á un lado,
sabe que matarte quieren.

Teo. Matarme á mí, quién Tristan?

Tris. En este bolsillo vienen
testigos de asesinato, no ha
Ricardo y Federico. *Teo.* Tente,
porque sale la Condesa.

Tris. Ya te diré de que suerte
fué el concierto: yo me voy.

Teo. Dios te guarde. *Tris.* Con él quedés.
Vase Tristan y sale la Condesa.

Dia. Estás ya mas mejorado;
de tus tristezas, Teodoro?

Teo. Si en mis tristezas adoro
sabré estimar mi cuidado.
No quiero yo mejorar

de la enfermedad que tengo,
pues solo á estar triste vengo,
quando imagino sanar.
Bien hayan males que son
tan dulces para sufrir!
que se vé un hombre para morir,
y estima su perdición.
Solo me pesa, que ya
esté mi mal en estado,
que he de afexar mi cuidado,
de donde su dueño está.

Dia. Ausentarte, pues por que?

Teo. Quierenme matar. *Dia.* Si harán.

Teo. Envidia á mi mal tendrán,
que bien el principio fué;
con esta ocasion te pido
licencia para irme á España.

Dia. Será género de hazaña
de un hombre tan entendido,
que con eso quitarás
la ocasion de tus enojos;
y aunque des agua á mis ojos,
houra á mi casa darás;
que desde aquel bofetón,
Federico me ha tratado
como zeloso y me ha dado
para dexarte ocasion.

Vete á España, que yo haré
que te den seis mil escudos.

Teo. Haré tus contrarios mudos
con mi ausencia: dame el pie.

Dia. Anda, Teodoro, no más,
dexame que soy muger.

Teo. Lloras, mas qué puedo hacer?

Dia. En fin, Teodoro te vas?

Teo. Si señora. *Dia.* Espera, vete,
oye. *Teo.* Qué me mandas? *Dia.* Nada,
vete. *Teo.* Voyme. *Dia.* Estoy turbada:
hay tormento que inquiete
como una pasión de amor?
no eres ido? *Teo.* Ya, señora,
me voy. *Dia.* Buena quedo agora.

Vase Teodoro.

Maldígate Dios, honor:
temeraria invencion fuiste;
tan opuesta al propio gusto,
quien te inventó? mas fué justo,
pues que tu freno resiste

cantas cosas tan mal hechas.

Sale Teodoro.

Teo. Vuelvo á saber si hoy podré partirme. *Dia.* Ni yo lo sé ni tú Teodoro sospechas, que me pesa de mirarte, pues que te vuelves aquí.

Teo. Señora, vuelvo por mí que no estoy en otra parte, y como me he de llevar, vengo para que me des á mí mismo. *Dia.* Si despues te has de volver á buscar, no me pidas que te dé; pero vete, que el amor lucha con mi noble honor, y vienes tú á ser traspie. Vete, Teodoro, de aquí, no te pidas, aunque puedas, que yo sé que si te quedas allá me lleves á mí.

Teo. Quede vuestra señoría con Dios. *Dia.* Maldita ella sea, pues me quita que yo sea de quien el alma queria.

Vase Teo.

Buena quedó ya sin quien era luz de aquestos ojos; pero sientan sus enojos, quien mira mal, lllore bien. Ojos, pues ós habeis puesto en cosa tan desigual, pagad el mirar tan mal, que no soy la culpa desto; mas no lloren, que tambien templa el mal llorar los ojos; pero sientan sus enojos, quien mal, lllore bien. Aunque tendrán ya pensada la disculpa para todo, el sol los pone en el lodo y no se le pega nada; luego bien es que no den en llorar: cesad mis ojos; pero sientan sus enojos, quien mira mal, lllore bien.

Sale Marcela.

Mar. Si puede la confianza de los años de servirte, humildemente pedirte

lo que justamente alcanza, á la mano te ha venido la ocasion de mi remedio, y poniendo tierra en medio, no verme si te he ofendido.

Dia. De tu remedio, Marcela? qual ocasion? que aquí estoy.

Mar. Dicen que se parte hoy por peligros que recela, Teodoro á España, y con él puedes casada enviarme, pues no verme, es remediarme.

Dia. Sabes tú que querrá él?

Mar. Pues pidierate yo á tí sin tener satisfaccion, remedio en esta ocasion?

Dia. Hasle hablado? **Mar.** Y él á mí, pidiéndome lo que digo.

Dia. Qué á propósito me viene esta desdicha! **Mar.** Ya tiene tratado aquesto conmigo, y el modo con que podemos ir con mas comedidad.

Dia. Ay necio honor! perdonad, que amor quiere hacer extremos; pero no será razon, pues que podeis remediar fácilmente este pesar.

Mar. No temas resolucion.

Dia. No podré vivir sin tú, Marcela, y haces agravio á mi amor y aun al de Fabio, que sé yo adorar en tí. Yo te casaré con él, dexa partir á Teodoro.

Mar. A Fabio aborrezco, adoro á Teodoro. *Dia.* Qué cruel ocasion de declararme!

mas teneos loco amor; Fabio te estará mejor. *Vase.*

Mar. Señora. *Dia.* No hay que replicarme.

Mar. Vuelve vano pensamiento atrás tus pasos airados, que con zelos declarados será suspiros mi aliento. *Vase.*

Salen el Conde Ludovico y Camilo.

Cam. Para tener sucesion, no te queda otro remedio.

Lud. Hay muchos años en medio,

que mis enemigos son,
 y aunque tiene esa disculpa
 el casarse en la vejez,
 quiere el temor ser juez,
 y ha de averiguar la culpa;
 y podría suceder,
 que sucesion no alcanzase,
 y casado me quedase,
 y en un viejo una muger
 es en un olmo una yedra,
 que aunque con tan varios lazos
 la cubre de sus abrazos,
 él se seca y ella medra,
 y tratarme casamientos,
 es traerme á la memoria,
 Camilo, mi antigua historia,
 y renovar mis tormentos,
 esperando cada dia
 con engaños á Teodoro:
 veinte años ha que le lloro.

Salé un Page.

Pag. Aquí á vuestra señoría
 busca un griego mercader.

Salé Tristán vestido de Armenio, con un turbante gracioso, y Furio con otro.

Lud. Di que entre. *Tris.* Dame esas manos,
 y los cielos soberanos
 con su divino poder
 os den el mayor consuelo
 que esperais. *Lud.* Seais bien venido,
 mas que causa os ha traído
 por este remoto suelo?

Tris. De Constantinopla vine
 á Chipre, y della á Venecia
 con una nave cargada
 con ricas telas de Persia.
 Acordéme de una historia,
 que algunos pasos me cuesta,
 y con deseo de ver

á Nápoles; ciudad bella,
 mientras allá mis criados
 van despachando las telas,
 vine como veis aquí,
 donde mis ojos confiesan
 su grandèza y hermosura.

Lud. Tiene hermosura y grandèza
 Nápoles? *Tris.* Así es verdad:
 mi padre, señor, en Grecia

fué mercader, y en su trato
 el de mas ganancia era
 comprar y vender esclavos;
 y así en la feria de Azteclias
 compro un niño, el mas hermoso
 que vió la naturaleza,
 por testigo del poder
 que le dió el cielo en la tierra.
 Vendíale algunos Turcos,
 entre otra gente bien puesta,
 á unas galeras de Malta,
 que las de un Baxá Turquescas
 prendieron en Cefalonia.

Lud. Camilo el alma me altera.

Tris. Aficionado al rapáz,
 comprole, y llevole á Armenia,
 donde se crió conmigo
 y una hermana. *Lud.* Amigo, espera,
 espera, que me traspasa
 las entrañas. *Tris.* Que bien entra!

Lud. Dixo cómo se llamaba?

Tris. Teodoro. *Lud.* Ay cielos, qué fuerza
 tiene la verdad! de oírte,
 lágrimas mis canas riegan.

Tris. Serpalitonia mi hermana,
 y este mozo, nunca fuera
 tan bello, con la ocasion
 de la crianza que engendra
 el amor que todos saben,
 se amaron desde la tierna
 edad, y á diez y seis años
 de mi padre en cierta ausencia,
 executaron su amor,
 y creció de suerte en ella,
 que se le echaba de ver,
 con cuyo temor se ausenta
 Teodoro, y para partir,
 á Serpalitonia dexa.
 Catiborrato, mi padre,
 no sintió tanto la ofensa,
 como el dexarle Teodoro.
 Murió en efecto de pena,
 y bautizamos su hijo,
 que aquella parte de Armenia
 tiene vuestra misma ley,
 aunque es diferente Iglesia:
 llamamos al bello niño,
 Termaconio que queda,
 un bello rapaz agora,

en la Ciudad de Tepeacas!
 andando en Napoles yo
 mirando cosas diversas,
 saqué un papel, en que traxe
 deste Teodoro las señas,
 y preguntando por él,
 me dixo una esclava Griega
 que en mi posada servia:
 cosa que ese mozo sea
 el del Conde Ludovico?
 dióme el alma una luz nueva,
 y doy en que os he de hablar,
 y por entrar en la vuestra,
 entré segun me dixerón,
 en casa de la condesa
 de Belflor, y al primer hombre
 que preguntó... *Lud.* Ya me tiembla
 el alma. *Tris.* Veo á Teodoro.
Lud. A Teodoro! *Tris.* El bien quisiera
 huirse; pero no pudo,
 dudé un poco, y era fuerza,
 porque él estar ya barbado
 tiene alguna diferencia.
 Fui tras él, asile en fin,
 hablóme, aunque con vergüenza,
 y dixo; que no dixese
 á nadie en casa quien era,
 porque el haber sido esclavo,
 no diese alguna sospecha:
 díxele, si yo he sabido
 que eres hijo en esta tierra
 de un título, porque tienes
 la esclavitud por baxeza?
 hizo gran burla de mí,
 y yo por ver si concuerda
 tu historia con la que digo,
 vine á verte, y á que tengas,
 si es verdad que este es tu hijo,
 con tu nieto alguna cuenta,
 ó permitas que mi hermana,
 con él á Napoles venga,
 no para tratar casarse,
 aunque le sobra nobleza,
 mas porque Terimaconio
 tan ilustre abuelo tenga.
Lud. Dame mil veces tus brazos,
 que el alma con sus potencias
 que es verdadera tu historia
 en su regocijo muestran:

al hijo del alma mfa,
 tras tantos años de ausencia
 hallado para mi bien:
 Camilo, que me aconsejas,
 irá á verle, y conocerles.
Cam. Eso dudas? parte, vuela,
 y añade vida a sus brazos
 a los años de tus penas.
Lud. Amigo, si quieres ir
 conmigo, será mas cierta
 mi dicha: si descansar,
 aquí aguardando te queda,
 y dente por tanto bien
 toda mi casa y hacienda,
 que no puedo detenerme.
Tris. Yo dexo, puesto que cerca,
 ciertos diamantes que traigo,
 y volveré quando vuelvas.
 Vamos de aquí, Mercaponis.
Fur. Andemis. *Cam.* Extraña lengua!
Lud. Vente Camilo tras mí.
Cam. Vamos, señor. *Tris.* Bien se empieza
 el engaño. *Fur.* Muy bonis.
Vanse el Conde y Camilo.
Tris. Trasponen? *Fur.* El viejo vuela
 sin aguardar coche o gente.
Tris. Cosa que esto verdad sea,
 y que este fuese Teodoro.
Fur. Mas si en mentira como esta
 hubiese alguna verdad.
Tris. Estas almalafas lleva,
 que me importa desnurdarme,
 porque ninguno me vea
 de los que aquí me conocen.
Fur. Desnuda presto. *Tris.* Que pueda
 esto el amor de los hijos.
Fur. Adonde te aguardes *Tris.* Espera
 Furio, en la haza del olmo.
Fur. A Dios *Tris.* Que tesoro llega
 al ingenio? aquí debaxo *Vase Fur.*
 traigo la capa revuelta,
 que como medio sotana
 me la puse, porque hubiera
 mas lugar en el peligro
 de dexar en una puerta
 con el Armenio turbante
 las hortalandas greguescas.
Sale Ricardo y Federico.
Fed. Digo que es este el matador valiente

que á Teodoro ha de dar muerte segura.
Ric. Ahidalgo, así se cumple entre la gente,
 que honor profesa, y que opinion procura,

lo que se prometió tan facilmente?

T. Señor. *F.* Somos nosotros por ventura
 de los iguales vuestros? *Tr.* Sin oirme,
 no es justo que mi culpa se confirme.

Yo estoy sirviendo al misero Teodoro,
 que ha de morir por esta mano airada,
 pero puede ofender vuestro decoro
 publicamente ensangrentar mi espada
 por única virtud, estén muy ciertos
 que le pueden contar ya con los muertos,
 y no se precipiten de esa suerte,
 que yo sé quando le he dar la muerte.

F. Parece, Marqués que el hombre acier-
 ya que le sirve ha comenzado el caso, (ta;
 no dudeis, matarále. *Ric.* Cosa es cierta;
 por muerto le contad. *F.* Hablemos paso.

Tr. En tanto que esta muerte se concierta,
 vuesañorías no tendrán acaso
 cincuenta escudos, que comprar querria
 un rocín que volase el mismo día.

Ric. Aquí los tengo yo, tomad seguro,
 de que en saliendo con aquesta empresa
 lo ménos es pagaros. *Tr.* Yo aventuro
 la vida, que servir buenos profesa;
 con esto á Dios, que no me vean proouro
 hablar desde el balcon de la Condesa
 con vuestras señorías. *Fed.* Sois discreto.

Tri. Ya lo verán al tiempo del efecto. (nioso.
Fed. Bravo es el hombre. *Ric.* Astuto é inge-
Fed. Qué bien le ha de matar? *Ric.* Nota-
 blemente.

Sale Cel. Hay caso mas extaño y fabuloso!

Fed. Qué es esto, Celio? dónde vas detente.

Cel. Un suceso notable y riguroso,
 para los dos: no veis aquella gente
 que entra en casa del Conde Ludovico?

R. Es muerto? *C.* Que me escuches te suplico.

A darle van el parabien contentos
 de haber hallado un hijo que ha perdido.

R. Pues qué puede ofender nuestros intentos
 que le haya esa ventura sucedido?

Ce. No importa á los secretos pensamientos
 que con Diana habeis los dos tenido,
 que sea aquel Teodoro su criado (bado:
 hijo del Conde? *Ri.* El alma me has tur-

hijo del Conde? pues de qué manera
 lo ha venido á saber? *Ce.* Es larga historia,
 y cuentalá tan varia, que no hubiera
 para tomarla tiempo ni memoria.

Fed. A quién mayor desdicha ha sucedido?

R. Trócose en pena mi esperada gloria.

F. Yo quiero ver lo que es. *R.* Yo Conde,
 os sigo.

Ce. Presto vereis que la verdad os digo.

*Vanse, y sale Teodoro de cumino, y
 Marcela.*

Mar. En fin, Teodoro te vas?

Teo. Tu eres causa de esta ausencia
 que en desigual competencia
 no resulta bien jamás.

Mar. Disculpas tan falsas das,
 como tu engaño lo ha sido,
 porque haberme aborrecido
 y haber amado á Diana,
 lleva tu esperanza vana
 solo á procurar su olvido.

Teo. Yo á Diana? *Mar.* Niegas tarde,

Teodoro, el loco deseo
 con que perdido te veo
 de atrevido y de cobarde:
 cobarde en que ella se guarde
 el respeto que se debe,
 y atrevido pues se atreve
 tu baxeza á su valor,
 que éntre el honor y el amor
 hay muchos montes de nieve.

Vengada quedo de tí,
 aunque quedo enamorada,
 porque olvidaré vengada,
 que el amor olvida así:
 si te acordáres de mí,
 imagina que te olvido
 porque me quieras, que ha sido
 siempre porque suele hacer
 que vuelva un hombre á querer
 pensar que es aborrecido.

Teo. Qué de quimeras tan locas
 para casarte con Fabio!

Mar. Tú me casas, que el agravio
 de tu desden me provoca.

Sale Fab. Siendo las horas tan pocas
 que aquí Teodoro ha de estar,
 bien haces, Marcela, en dar
 ese descanso á tus ojos.

Tris. No te den zelos enojos
que han de pasar tanto mar.

Fab. En fin, te vas? *Teo.* No lo ves?

Fab. Mi señora viene á verte.

Salen la Condesa, Dorotea y Anarda.

Dia. Ya, Teodoro, desta suerte?

Teo. Alas quisiera en los pies,
quanto mas, señora, espuelas.

Dia. Olá, está esa ropa á punto?

An. Todo está apretado y junto?

Fab. En fin, se va? *Mar.* Y tú mezelas.

Dia. Oye aquí aparte. *Teo.* Aquí estoy.

Aparte los dos.

á tu servicio. *Dia.* Teodoro,
tú te partes yo te adoro.

Teo. Por tus crueldades me voy.

Dia. Soy quien sabes: qué he de hacer?

Teo. Lloras? *Dia.* No que me ha caído
algo en los ojos. *Teo.* Si ha sido

amor? *Dia.* Si debe de ser,

pero mucho ántes cayó,

y agora salir queria.

Teo. Yo me voy, señora mia,

yo me voy el alma no:

sin ella tengo de ir,

no hago al serviros falta,

porque hermosura tan alta

con almas se han de servir.

Que mandais? porque yo

soy vuestro. *Dia.* Qué triste dia!

Teo. Yo me voy, señora mia,

yo me voy el alma no.

Dia. Lloras? *Teo.* No, que me ha caído

algo como á tí en los ojos.

Dia. Deben de ser mis enojos.

Teo. Eso debe de haber sido.

Dia. Mil niferías te he dado,

que en el baul hallarás;

perdona, no puedo mas:

si le abrieres, ten cuidado

de decir como á desposos

de vitoria tan tirana,

aquestas puso Diana

con lágrimas de sus ojos.

An. Perdidos los dos están.

Dor. Qué mal se encubre el amor!

An. Quedarse fuera mejor:

manos y prendas se dan.

Dor. Diana ha venido á ser

el perro del hortelano.

An. Tarde le toma la mano.

Dor. O coma, ó dexé comer

Sale el Conde Ludovico.

Lud. Bien puede el regocijo dar licencia,
Diana ilustre, á un hombre de mis años,
para entrar desta suerte á visitaros.

Dia. Señor Conde, qué es esto? *Lud.* Pues
vos sola

no sabeis lo que sabe toda Nápoles,
que un instante que llegó la nueva,
apenas me han dexado por las calles
ni he podido llegar á ver mi hijo?

Di. Qué hijo, que no entiendo el regocijo?

Lud. Nunca vueseñoria de mi historia
ha tenido noticia, ó que ha veinte años
que enviava un niño á Malta con su tío,
y que lo cautivaron las galeras
de AliBaxá. *Dia.* Sospecho que me han

dicho
ese suceso vuestro. *Lud.* Pues el cielo
me ha dado á conocer el hijo mio
despues de mil fortunas que ha pasado.

Di. Con justa causa, Conde me habeis dado
tan buena nueva. *Lud.* Vos, señora mia,
me habeis de dar en cambio de la nueva
el hijo mio que sirviendoos vive,
bien descuidado de que soy su padre:
ay si le viera su difunta madre!

Dia. Vuestro hijo me sirve? es Fabio acaso?

Lu. No señora, no es Fabio, que es Teodoro.

Dia. Teodoro? *Lud.* Si señora. *Teo.* Cómo
es esto?

Dia. Habla, Teodoro, si es tu padre el Conde.

Lud. Luego es aqueste? *Teo.* Señor Conde,
advierta

vueseñoria... *Lud.* No hay que advertir
hijo de mis entrañas, sino solo (hijo
el morir en tus brazos. *Dia.* Caso extraño!

An. Ay señora, Teodoro es caballero
tan principal y de tan alto estado?

Teo. Señor, yo estoy sin alma de turbado:
hijo soy vuestro? *Lu.* Quando no tuviera
tanta seguridad, el verte fuera
de todas la mayor, que parecido
á quando mozo fui... *Teo.* Los pies te pido,
y te suplico... *Lu.* No me digas nada,
que estoy fuera de mi: qué gallardias!
Dios te bendiga, que real presencia!

qué bien que te escribió naturaleza en la cara, Teodoro, la nobleza:

vamos de aquí: ven luego, luego toma posesion de mi casa y de mi hacienda, ven á ver esas puertas coronadas de las armas más nobles deste Reyno.

Teo. Señor, yo estaba de partida para España, y así me importa. *Lu.* Cómo España? bueno:

España son mis brazos. *Di.* Yo os suplico, señor Conde, dexeis aquí á Teodoro hasta que se reporte, y en buen habito vaya á reconoceros como hijo, que no quiero que salga de mi casa con aqueste alboroto de la gente.

Lu. Hablais como quien soistan cuerdamen- dexarle sientto por un breve instante, (te, más porque más rumor no se levante, me iré, rogando á vuestra Señoría que sin mi bien no me anochezca el día.

Di. Palabra os doy. *Lu.* A Dios Teodoro mio. (milo,

Teo. Mil veces beso vuestros pies *Lu.* Cavenga la muerte agora *Cam.* Qué gallardo mancebo que es Teodoro! *Lu.* Pensar poco

quiero este bien, por no volverme loco.

Vase el Conde, y llegan todos los criados á Teodoro.

Fab. Danos á todos las manos.

An. Bien puedes por gran Señor.

Dor. Hacernos debes favor.

Mar. Los Señores que son llanos

conquistan las voluntades,

los brazos nos pueden dar.

Di. Apartaos, dadme lugar,

no le digais necedades,

deme vuestra señoría

las manos, señor Teodoro.

Teo. Agora esos pies adoro,

y sois más señora mía.

Di. Salios todos allá,

dexadme con él un poco.

Mar. Qué dices Fabios *Fab.* Estoy loco.

Dor. Qué te parece? *An.* Que ya

mi ama no querrá ser

el perro del hortelano.

Dor. Comerá ya? *An.* Pues no es llano.

Dor. Pues reviente de comer.

Vanse los criados.

Di. No te vas á España? *Teo.* Yo?

Di. No dice vueseñoría,

yo me voy señora mía,

yo me voy el alma no?

Teo. Burlas de ver los favores

de la fortuna? *Di.* Haz extremos.

Teo. Con igualdad nos tratemos

como suelen los señores,

pues todos los somos ya.

Di. Otro me parece. *Teo.* Creo

que estás con ménos deseo,

pena el ser tu igual te da

quisierasme tu criado,

porque es costumbre de amor,

querer que sea inferior

lo amado. *Di.* Estás engañado,

porque agora serás mio,

y esta noche he de casarme

contigo. *Teo.* No hay más que darme,

fortuna tente. *Di.* Confío,

que no ha de haber en el mundo

tan venturosa muger,

veste á vestir. *Teo.* Iré á ver

el mayorazgo que hoy fuído,

y este padre que me hallé,

sin saber como ó por donde.

Di. Pues á Dios mi señor Conde.

Teo. A Dios Condesa. *Di.* Oye. *Teo.* Qué?

Di. Qué? pues como á su señoría

asi responde un criado?

Teo. Está ya el juego trocado,

y soy yo el señor agora.

Di. Sepa que no me ha de dar

más zelitos con Marcela,

aunque este golpe le duela.

Teo. No nos solemos baxar

los Señores á querer

las criadas. *Di.* Tenga cuenta

con lo que dice. *Teo.* Es afrenta?

Di. Pues quién soy yo? *Teo.* Mi muger.

Di. No hay más que desear, tente fortuna,

como dixo Teodoro, tente, tente.

Salen Federico y Ricardo.

Ric. En tantos regocijos y alborotos

no se da parte á los amigos? *Di.* Tanta,

quanta vueseñorías me pidieren.

Fed. De ser tan gran señor vuestro criado

es la pedimos. *Dia.* Yo pensé señores que las pedís, con que licencia os pido, de ser Teodoro Conde, y mi marido.

Vase la Condesa. (seso.)

Ric. Qué os parece aquesto? *Fed.* Estoy sin *Ric.* O si le hubiera muerto este picañol!

Sale Tristan.

Fed. Veisle, aquí viene. *Tris.* Todo está en su punto.

baxa cosa, que pueda un lacayfero ingenio alborotar toda Nápoles.

Ric. Tente, Tristan, ó como te apellidas?

Fed. Bien se ha echado de ver. *Tris.* Hecho estuviera,

á no ser Conde, de hoy acá este muerto.

Ric. Pues eso importa. *Tris.* Al tiempo que el concierto.

hice por los trescientos solamente

era para matar, como fué llano,

un Teodoro, criado, mas no Conde,

Teodoro Conde, es cosa diferente

y es menester que el galardón se aumente que mas costa tendrá matar un Conde,

que quatro ó seis criados que están muertos,

unos de hambre, y otros de esperanzas, y no pocos de envidia. *F.* Quanto quieres, y mátales esta noche? *Tris.* Mil escudos.

Ric. Yo los prometo. *Tris.* Alguna señal quiero.

Ric. Esta cadena. *Tris.* Cuenten el dinero.

Fed. Yo voy á prevenillo. *Tris.* Yo á matalle: oyeñ. *Ric.* Qué quieres mas? *Tris.* Todo hombre calle.

Vanse, y entra Teodoro.

Teo. Desde aqui te he visto hablar con aquellos matadores.

Tris. Los dos necios son mayores que tiene tan gran lugar:

esta cadena me han dado, mil escudos prometido

porque hoy te mate. *Teo.* Qué ha sido esto que tienes trazado,

que estoy temblando, Tristan?

Tris. Si me vieras hablar griego me dieras, Teodoro, luego

mas que estos locos me dan: por vida mia que es cosa fácil el greggerizar;

ello en fin es mas de hablar? mas era cosa donosa

los nombres que les decia:

Azteclias, Catiborratos,

Serpalitonía, Xipato,

Atecas, Filiamocelia,

que esto debe de ser griego;

como ninguno lo entiende,

y en fin, por griego se vende.

Teo. A mí pensamientos llego,

que me causan gran tristeza,

pues si se sabe este engaño,

no hay que esperar menos daño

que cortarme la cabeza.

Tris. Agora sales con esto?

Teo. Demonio debes de ser.

Tris. Dexa la suerte correr,

y espera el fin del suceso.

Teo. La Condesa viene aquí.

Tris. Yo me escondo no me vea.

Sale la Condesa.

Dia. No eres ido á ver tu padre,

Teodoro? *Teo.* Una grave pena

me tiene, y finalmente

vuelvo á pedirte licencia

para proseguir mi intento

de ir á España. *Dia.* Si Marcela

te ha vuelto á tocar al arma,

may justa disculpa es esa.

Teo. Yo Marcela? *Dia.* Pues qué tienes?

Teo. No es cosa para ponerla

desde mi boca á tu oido.

Dia. Habla, Teodoro, aunque sea

mil veces contra mi honor.

Teo. Tristan, á quien hoy pudiera

hacer el engaño estatuas,

la industria versos y ereta

rendir laberintos, viendo

mi amor, mi interna tristeza,

sabiendo que Ludovico

perdió un hijo, esta quimera

ha levantado conmigo,

que soy hijo de la tierra

y no he conocido padre,

mas que mi ingenio, mis letras

y mi pluma; el Conde cree

que lo soy, y aunque pudiera

ser tu marido y tener

tanta dicha, y tal grandeza,

mi nobleza natural
que te engañe no me dexa;
porque soy naturalmente
hombre que verdad profesa:
con esto para ir á España
vuelvo á pedirte licencia,
que no quiero yo engañar
tu amor, tu sangre, y tus prendas.

Dia. Discreto y necio has andado,
discreto en que tu nobleza
me has mostrado en declararte,
necio en pensar que lo sea,
en dexarme de casar
pues he hallado á tu baxeza
el color que yo queria,
que el gusto no está en grandezas,
sino en ajustarse al alma
aquello que se desea.
Yo me he de casar contigo,
y porque Tristan no pueda
decir aqueste secreto,
hoy haré que quando duerma
en ese pozo de casa *detrás del paño.*
le sepulden. *Tris.* Guarda fuera.

Dia. Quien habla aquí.

Tris. Quien? Tristan,
que justamente se queja
de la ingratitude mayor,
que de mugeres se cuenta,
pues siendo yo vuestro gozo,
aunque nunca yo lo fuera,
en el pozo me arrojaís.

Dia. Qué lo has oído? *Tris.* No creas
que me pescarás el cuerpo.

Dia. Vuelve. *Tris.* Qué vuelva?

Dia. Que vuelvas,
por el donaire te doy
palabra de que no tengas
mayor amiga en el mundo,
pero has de tener secreta
esta invención, pues es tuya.

Tris. Si me importa que lo sea,
no quieres que calle? *Teo.* Escucha,
qué gente, y qué grita es esta?

*Salen el Conde Ludovico, Federico, Ricardo,
Camilo, Fabio, Anarda, Dorotea y
Marcela.*

Ric. Queremos acompañar,

á vuestro hijo. *Fed.* La bella
Napoles está esperando
que salga junto á la puerta.

Lud. Con licencia de Diana
una carroza te espera,
Teodoro, y junto á caballo
de Napoles la nobleza.

Ven, hijo, á tu propia casa
tras tantos años de ausencia,
verás á donde naciste.

Dia. Antes que salga y la vea,
quiero Conde que sepáis
que soy su muger. *Lud.* Detengz
la fortuna en tanto bien
con clavo de oro la rueda,
dos hijos saco de aquí,
si vine por uno. *Fed.* Llegá
Ricardo, y da el parabien.

Ric. Darles señores pudiera
de la vida de Teodoro,
que zelos de la Condesa
me hicieron que á este cobarde
diera, sin esta cadena,
por matarle mil escudos:
haced que luego le prendan
que es encubierto ladron.

Teo. Eso no, que no profesa
ser ladron, quien á su amo
defiende. *Ric.* No? pues quién era
ese valiente fingido?

Teo. Mi criado, y porque tenga
premio el defender mi vida
sin otras secretas deudas,
con licencia de Diana
se case con Dorotea,
pues que ya su señoría
casó con Fabio á Marcela.

Ric. Yo dóto á Marcela. *Fed.* Y yo
á Dorotea. *Lud.* Bien: queda
para mi con hijo y casa
y el dote de la Condesa.

Dia. Con esto, Senado noble,
que á nadie digáis os ruega
el secreto de Teodoro,
dando con vuestra licencia
del perro del hortelano
fin la famosa comedia.